

La Ilustración Artística



AÑO XXIX

BARCELONA 14 DE NOVIEMBRE DE 1910

NÚM. 1.507

MADRID.—EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES. 1910



LA AFICIONADA, cuadro de Pedro Sáenz

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Pensamientos*. — México. *Las fiestas del Centenario de la Independencia*, por Luis de Larroder. — Venecia. *Inauguración de una lápida a Ricardo Wagner*. — Raimundo Casellas. — Madrid. *Entrega de una bandera*. — Valencia. *Homenaje al maestro Giner*. — *La madre patria* (novela ilustrada; continuación). — *Actualidades extranjeras*. *El czar de Rusia en Alemania*. — *Viaje del príncipe heredero de Alemania al extremo Oriente*. — Barcelona. *Homenaje a Balmes*. — Libros enviados a esta redacción.

Grabados.—*La aficionada*, cuadro de Pedro Sáenz. — México. *Fiestas del Centenario de la Independencia* (catorce fotografías). — *Junto a la chimenea*, cuadro de Enrique Salem Hubbell. — *Amplio horizonte*, cuadro de Héctor Tito. — *Recogedor de colillas en los bulevares parisenses*, cuadro de A. J. Robert. — *Solal*, fragmento de un cuadro de Luis Belle. — *Lápida a Wagner*, obra de Héctor Cadorn. — *Raimundo Casellas*. — Madrid. — *Solemne entrega de la última bandera española que ondeó en la Habana*. — D. Salvador Giner. *Actualidades extranjeras*. *Llegada del czar Nicolás II a Potsdam*. — *El czar y el emperador Guillermo II dirigiéndose al nuevo palacio*. — Génova. *El príncipe heredero de Alemania Guillermo y su esposa la princesa Cecilia embarcándose para su viaje al extremo Oriente*. — Barcelona. *Sesión de homenaje a Balmes celebrada en los salones del Comité de Defensa Social*. — México. *Fiestas del Centenario*. *El general Pslavieja, representante de España en las fiestas, rodeado de los principales miembros de la colonia española*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Acabo de recibir un libro en medio folio, con magnífico papel y una tipografía sorprendente por lo bella. Se titula *Nemesio Mogrobojo*. — *Su vida y su obra*. Ello procede de Bilbao.

Confieso paladinamente que no tenía ni la menor idea de la existencia de Nemesio Mogrobojo, ni de su obra, por consiguiente. ¡Es el destino de tantos artistas, pasar en la penumbra, al menos para una parte de su generación! No conocemos ni a nuestros contemporáneos. El río del vivir se lleva arrastradas hojas y hojas, y cuando volvemos la cabeza, han cruzado ya. Como los combatientes en campal batalla, mientras unos avanzan en determinada dirección, acaso triunfadores, otros pelean obscuramente y sucumben, sin que lo adviertan los demás. Y con esto hay que avenirse, porque es irremediable.

Y todavía he de confesar otra cosa. Desconfío yo generalmente de los tributos póstumos que la admiración de amigos y paisanos tributa a los artistas y escritores. Suele entrar en tales homenajes más sentimentalismo cariñoso que crítica informada y cierta. Cada año, ó siquiera cada lustro, cada provincia descubre que había poseído un genio, que no lo había estimado, que era una ingrata, que el susodicho genio fué además un mártir, y por contera un santo, ó cuando menos un sujeto dotado de altísimas cualidades morales, y que no ya coronas de laurel, sino altares, es preciso tributar a su memoria. Por quince días la prensa regional repite y trompetea un nombre, y fomenta la convicción de que se ha cometido una enorme injusticia trascendental, y es preciso repararla a todo trance. Se arma el tinglado del homenaje; se demuestra, fehacientemente, que los admiradores, en su inmensa mayoría, no saben lo que el genio hizo, ni le han leído si es escritor, ni han contemplado sus obras si es artista; se obedece a la consigna tarasconense «fén de brut...» y luego recae todo en el natural silencio, entre el cual, algunas veces, la crítica, única hada que no ha sido convidada a la fiesta, desliza, a posteriori, su opinión fría, que parece doblemente severa por contraste con el ficticio entusiasmo ya disipado en el aire...

Andamos por lo tanto, los que no otorgamos a las admiraciones un asentimiento maquinal, prevenidos en contra de tales descubrimientos. Quizás perdemos así un grato optimismo que sazona las horas, pero el áspero amor a la verdad nos compensa, y quedamos pagados con el gusto de su posesión.

Abro pues la biografía de Nemesio Mogrobojo con cautela. Por las dos fechas que campean en la cubierta y la portada, comprendo que se trata de un artista que murió joven, aunque no tanto como aquel malogrado Joaquín Vaamonde, protagonista de mi novela *La Quimera*, que no llegó a cumplir veintisiete años. Nemesio Mogrobojo, el escultor, nació en 1875 y feneció en 1910: de treinta y cinco años fué su carrera; había ido más allá de la juventud, y estaba en plena edad viril.

Me fijo en el precioso retrato que encabeza el volumen. Al verle, no necesito consultar la biografía para saber que el escultor murió de tuberculosis. El sello del padecimiento, patente ó latente, está en las orejas despegadas, en las sienes hundidas, en los ojos despejados y claros, en la consunción de los tejidos, devorados por la desasimilación rápida de la

tisis. Pero si no supiese que se trata de un artista, que ha perdido fuerzas en la lucha con la Quimera, creyera más bien, por la fisonomía, que estoy mirando a un elegante mundano gastado por los excesos, y sin robustez para hacerles frente. Caras como la de Nemesio Mogrobojo, las veo todos los días en los salones, en las escaleras de los palacios, en gentes que enrollan cuidadosamente al cuello el *cache-nez* de blanca seda calcetada, por miedo a catarros y pulmonías. Esas facciones finas, ese aire distinguido, esa nariz bien modeladita, esa frente que la calvicie desnuda ya, son de diplomático, de palatino, de *snob*. Y me encuentro preparada a que me sorprenda más la obra vigorosa, empapada en el añejo vino del Renacimiento. ¡Vino de los vinos, néctar fuerte, que cría músculos y sangre roja!

Leo con interés la monografía biográfico-crítica de Juan de la Encina. En ella aprendo que Mogrobojo sucumbió cuando iba a entrar en posesión de sí mismo. En efecto, con ser su obra tan notable, no se poseía: estaba aún siguiendo huellas. Lo mismo le aconteció a Vaamonde. Y queda en pie el enigma de lo futuro: ¿habrían descubierto su camino?

Mogrobojo nació en Bilbao. Su vocación de artista fué tempranísima. A los diecinueve años realizó el ardiente anhelo de estudiar en París; le pensionó la Diputación provincial. Se matriculó en la Academia Julien, aquella misma en que había hecho su aprendizaje María Bashkirtseff, otra interesante víctima de la Quimera..., y de la tisis.

Aunque el biógrafo nos dice que al pronto Mogrobojo se dejó influir por la tendencia del modernismo, yo noto ya en sus primeras obras reminiscencias del estilo de Miguel Angel. Su «cabeza de estudio» me recuerda la impresión del Moisés de fluvial barba. Su mismo «Pierrot» tan caprichoso y serpenteante, es firme. No hay vaguedad en las líneas. Y digo lo mismo de la Madona y especialmente del Niño.

El biógrafo narra con encanto un suceso sentimental de la vida del artista, una historia de amor muy vehemente con una austriaca a quien conoció en la Academia Colarosi. Diferenciase en esto Mogrobojo de Vaamonde el pastelista. Vaamonde, aunque entretijese mil episodios sentimentales ó amenos, sobre todo con señoras del gran mundo, nunca estuvo verdaderamente prendado sino de la Quimera, del terrible monstruo de ojos glaucos y encendidas fauces... Lo que se dice pasión, sólo la sintió por su arte, por la fama, por la gloria. Para el artista, (repetía él la frase de Salomón) la mujer es amarga como la muerte. Había en su opinión respecto a las aventuras amorosas desvío, desdén, y aun miedo, porque «todo eso» absorbe tiempo, voluntad, energías que el arte reclama. Y, no cabe duda, era Vaamonde el que, en esto, tenía sobrada razón. Entre los veinte y los cuarenta, las historias profundamente pasionales son demasiado absorbentes. El arte es celoso y reclama sus derechos. Quimera por quimera, es más gloriosa la artística. La historia de Mogrobojo parece que fué de esas que caen hondas. Quizás la idealiza algo el biógrafo, no desfigurándola, sino eliminando de ella mucho que será real y no tan poético. Por lo que se trasluce, la austriaca no poseía un espíritu equilibrado, y comunicó su desequilibrio, su esplín, su verterismo y sus ansias de la muerte al amigo. Todo ello duró dos años; la austriaca murió, de repente, según reza la biografía, y dejó a Mogrobojo sumido en una tristeza tétrica, agobiado bajo el pensamiento de la Sirena Negra, con ansias de suicidio. No habiendo llegado a realizarlas, se dedicó a labrar para su amada un bello sepulcro; lo expuso en Viena, en 1899, y obtuvo el asentimiento de los críticos de arte. Fué aquel el momento que cambió sus orientaciones, por medio de la influencia que Italia ha ejercido siempre en las almas penetradas del culto de la belleza. Con la actividad artística vino el consuelo, la reacción hasta de alegría, que algunas veces sigue a las grandes penas. Aunque nunca dejó Mogrobojo de pensar en su perdido amor y de visitar la sepultura. Además, nos dice el biógrafo, consolidó entonces la opinión de que, en escultura, hay que aprender a trabajar en griegos y florentinos... Sí: griegos y florentinos; pero siempre habrá una objeción; el temperamento, la individualidad. Los escultores de cepa española, a mí, por ejemplo, me interesan tanto como Donatello. Donatello es superior en belleza; la expresión dramática es más intensa en Gregorio Hernández. Por una cabeza cortada, de Villabrille, doy el Gattamelata. Y, en cuanto a la materia, el mármol es clásico; la madera es romántica. Todo puede defenderse, todo puede remover el sentimiento. Apenas me atrevo a escribirlo: Miguel Angel es sublime..., y no por eso le adoro. Algún imaginero gótico me dice mas cosas, y particularmente, otras cosas. Cada cual con su alma, cada cual con su idealidad característica.

Mogrobojo hizo bien en inspirarse en Miguel Angel, toda vez que su espíritu iba por ahí. Yo soy ecléctica, tolerante, aunque tenga mis preferencias. Y, sin modificarlas, declaro que las obras del período en que el escultor bilbaíno se afirmó como miguelangelista y alumno de los florentinos, me parecen muy hermosas, serias y delicadas, y enderezadas hacia la perfección del estudio anatómico. No hay en ellas esa blandura pocha que tantos artistas confunden con la espiritualidad. No hay tampoco ordinariéz, ni ese abocetamiento que identifica la genialidad con la pereza. Lealmente trabajado, pensado con elevación. No puedo decir más en su elogio. En cuanto a la originalidad, vendría acaso, con los años maduros y la emancipación de los modelos, de majestad abrumadora.

El final de la vida terrestre del escultor bilbaíno me recuerda también la del héroe de *La Quimera*. Las mismas luchas por el dinero, despreciable y necesario para las grandes empresas artísticas; la misma peregrinación en busca de un sitio donde espirar tranquilo, rodeado de amistosos cuidados; las mismas ardientes aspiraciones hacia la realización definitiva de la personalidad; las mismas ilusiones, creyendo en la salud recobrada, apenas se inicia ligera reacción favorable en el organismo. No ha de negarse; los afanes, los anhelos, las pasiones, las privaciones, los titánicos esfuerzos, como los que realizó Mogrobojo para fundir algunas de sus obras, pudieron abreviar su existencia... Se muere de lo que se vive; el veneno dulce, un día tras otro se infiltra y destruye la máquina humana. Pero ¿no hay en los hospitales infinidad de tuberculosos que no soñaron, que no sufrieron la fascinación de las glaucas pupilas? Si de todos modos la muerte acecha ¿por qué no soñar el sueño hermoso, de inmortalidad y esperanza?

Y he aquí cómo un libro, recibido no sin prevención, me sugiere simpatías y me infunde la misma convicción que lo ha dictado. A vivir lo suficiente para dominar un arte que exige tan largo aprendizaje y ejercicio técnico, el autor del «busto de Guinea», de «Hero y Leandro», de «Orfeo destrozado por las bacantes» sería uno de los escultores españoles más famosos é ilustres. ¿Quién sabe si los años le hubiesen reintegrado en el españolismo artístico que le faltaba? Este fenómeno nada tendría de sorprendente. Uno de los caracteres de la originalidad es el regreso hacia las fuentes de la tradición. En literatura por lo menos, se citarían casos numerosos. Un momento tenía que llegar para Mogrobojo: aquél en que los modelos clásicos pesan como la armadura de acero al batallador. Y el hondo, grave, terrible sentimiento hispánico, tal vez se despertaría, porque sólo aparentemente duerme en las organizaciones poderosas.

La evolución de Mogrobojo fué natural: primero el señuelo, Francia, París, con sus afectaciones y sus híbridas mezclas de lo plástico y lo literario; luego, Italia, con sus modelos sagrados, indiscutibles, ante los cuales hay que inclinar la frente, conmuevan ó no... Es verosímil que, más tarde, al buscarse a sí propio, se encontrase en el seno de España, donde pudo libar el jugo de Berruguete y Alonso Cano...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

PENSAMIENTOS

Una ciudad que practicara el principio de que el hombre es más precioso que la riqueza y el lujo, estaría muy pronto a la cabeza de la civilización; una ciudad en donde se educase a los hombres de modo que fuesen dignos de su nombre, llegaría a ser la metrópoli del mundo.

CHANNING.

La timidez de la ancianidad se compone de todo lo más cruel que puede hallarse: del sufrimiento que ya no se hace la ilusión de inspirar interés, y de la altivez que teme exponerse al ridículo.

MME. DE STAEL.

Nada más terrible que el deber en competencia con el afecto, porque es menester que el deber prevalezca.

LACORDAIRE.

El agua que cae gota a gota acaba por horadar la piedra; a fuerza de pequeñas dentelladas, un ratón corta un cable; y con repetidos hachazos se derriban los más fuertes robles.

FRANKLIN.

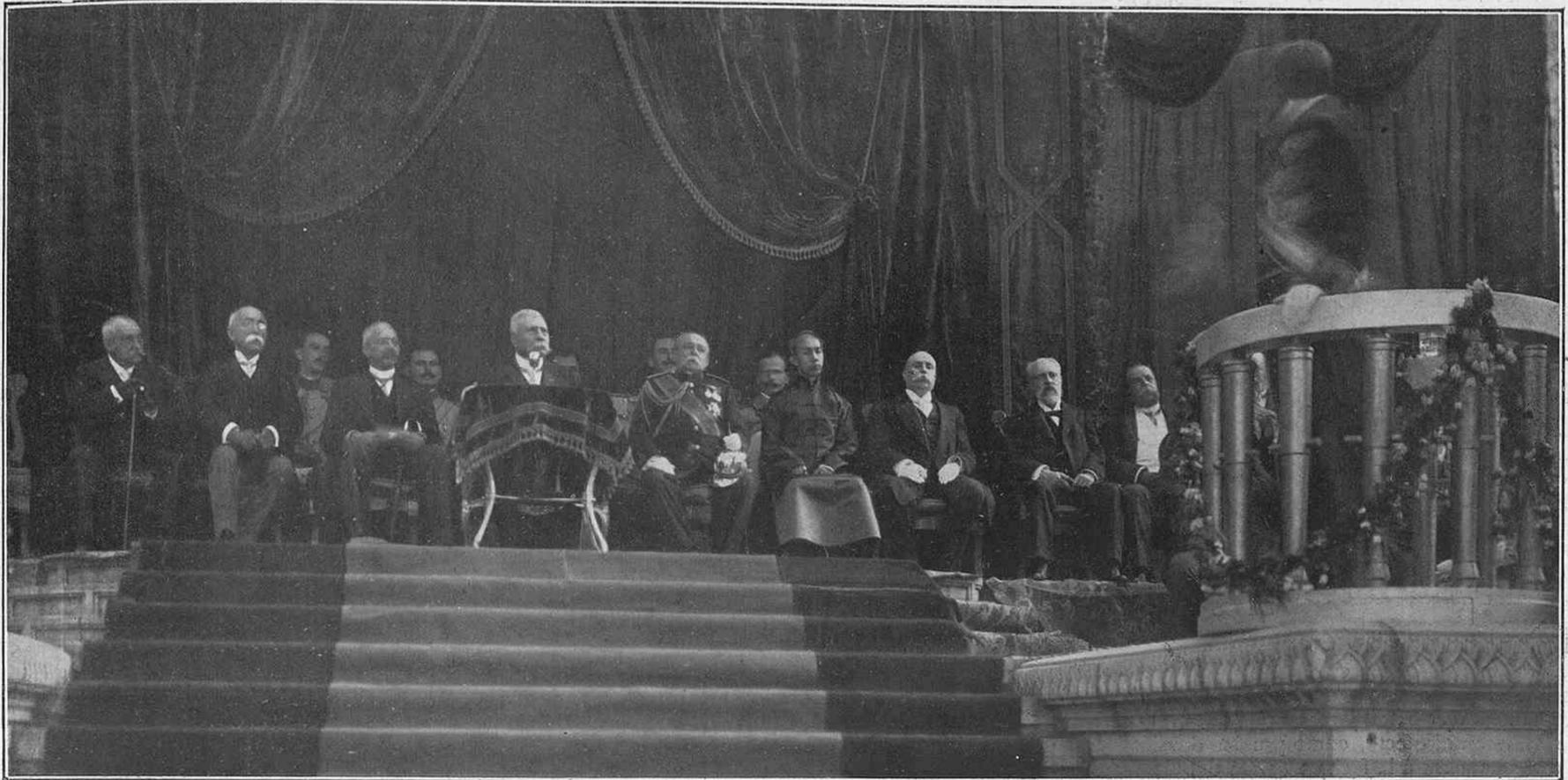
No os acostumbréis a considerar las deudas como un inconveniente; que pronto comprenderéis que son una calamidad.

JOHNSON.

Pobres ó ricas, casadas ó solteras, las mujeres influyen en la vida privada, dependiendo de ellas en gran parte la felicidad de las familias... Perfeccionar la vida privada, animarla, santificarla, constituye una carrera grande y noble.

MME. NECKER DE SAUSSURE.

MÉXICO.—LAS FIESTAS DEL CENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA



El presidente de la República general Porfirio Díaz y su gabinete en una ceremonia oficial
A la izquierda del presidente está el general Polavieja

Sin exageración alguna, puede asegurarse que muy pocas veces se verá el aspecto que ha presentado la capital de la República mexicana durante el pasado mes de septiembre, por el lujo desplegado, por el adorno de calles y avenidas que rebotaban de una inmensa multitud, y por las iluminaciones, que fueron verdaderamente sorprendentes, sobre todo las del Palacio Nacional, de la catedral y del edificio en donde están el Ayuntamiento y el gobierno del distrito.

Sumas de gran importancia se han gastado con esplendidez en todo, lo mismo que en el aposentamiento de los enviados del mundo entero, representantes de diversas naciones, los cuales, desde coches y automóviles hasta los sibaritismos más delicados, puede asegurarse que no carecieron de nada de cuanto el buen trato significa y representa. El gobierno mexicano ha probado una vez más que sabe dejar grata memoria en todos cuantos le visitan, y sólo buenas impresiones y elogios merecidos se han escuchado; también los ha logrado sin tasa por el perfecto orden y por lo bien combinados que en general estuvieron los festejos, para cuyo buen resultado había sido nombrado, desde hacía tres años, una comisión de la que eran presidente el señor D. Guillermo de Landa y Escandón, perfectocaballero, dueño de importante fortuna y gobernador del distrito federal, y secretario el señor diputado D. José Casarín, alma de todo, que con su actividad, inteligencia y constante inventiva consiguió que propios y extraños lo admiraran, alabándolo con justicia.

Veamos á vuelo de pluma algunas de estas fiestas,

que pueden dividirse en tres categorías: de mejoras materiales, populares y de índole social.

Entre las de la primera clase merecen citarse la inauguración de un magnífico manicomio general, para hombres y mujeres, en unos extensos terrenos situados en Mixcoac, pueblecito cercano á México, cuyas obras fueron ejecutadas por el señor teniente coronel D. Porfirio Díaz, hijo del señor presidente de la República, y peritísimo ingeniero, siempre celebrado en todas sus obras; de la Estación Sismológica Central; de varias escuelas; del edificio de la llamada «Asociación Cristiana de Jóvenes,» centro

de un Palacio Municipal cuya fachada de estilo colonial es un verdadero encanto; de parte de las obras importantes para la provisión de agua potable á la ciudad; de la fachada del túnel llamado de Tequiquiac y de la nueva maquinaria para el gobierno de las aguas á la entrada del mismo túnel, y de la casa de compuertas, y del anfiteatro que da bajada al fondo del canal de desagüe para saneamiento de la metrópoli mexicana.

En todas estas ceremonias verificadas con programas escogidos se ha visto el progreso de México y sus adelantos materiales de un modo palpable, lo que ha puesto de manifiesto las ventajas de la paz en un pueblo trabajador y honrado.

Con respecto á los festejos populares llenaría cuartillas describiéndolos como se merecen, por haber sido animadísimos y brillantes.

Uno de ellos fué la fiesta del Comercio, Banca é Industria, que consistió, por la mañana, en un desfile admirable de carros alegóricos, todos ellos artísticos, con lindas mujeres, representando atributos de lo que se simbolizaba. Por la tarde tuvo efecto una «Garden Party» en el bosque de Chapultepec, paseo magnífico que rivaliza con los mejores del mundo; y por la noche, animado baile en un salón del restaurant de dicho sitio, fiesta que duró hasta la madrugada.

Otra fiesta de la índole indicada fué la procesión infantil en honor de la bandera mexicana. Más de



Una descendiente del cura Hidalgo, iniciador de la Independencia, rodeada de alumnas de las escuelas que fueron á depositar flores sobre la pila en que aquél fué bautizado

importante de cultura, «sport» é higiene; de la Escuela Normal de Maestros; de un parque popular en terrenos llamados de Balbuena, sitio pintoresco y ameno para que sirva de esparcimiento al pueblo;

veinte mil niños y niñas de las escuelas oficiales de instrucción primaria, vestidas de blanco y llevando una pequeña bandera en la mano, formaron delante del Palacio Nacional, en cuyos balcones estaban el

presidente de la República, sus ministros, el cuerpo diplomático y los delegados extranjeros. A los acordes del himno nacional mexicano desfilaron delante de la bandera entonando á su vez dicho himno, y aquello estuvo soberbio, por unirse las voces infantiles á las aclamaciones del público numeroso en extremo que vitoreaba á la patria.

El día 16 tuvo efecto la gran revista militar por las principales avenidas de México, en las cuales no había ni un solo rincón adonde no se encontrara apiñada la muchedumbre. En balcones, en tejados, en andamios de algunas casas, en lo alto de las farolas, en tribunas erigidas al efecto, en los árboles, en fin, por doquiera veíase gente ávida de contemplar el desfile de 10 000 hombres, y como el sol lució sus resplandores y el ambiente era tibio y perfumado por las brisas del valle de México, excuso decir lo grandioso del cuadro, y tanto más cuanto que tomaron parte los marinos de barcos extranjeros anclados en Veracruz, que vinieron al efecto, como prueba de simpatía y de consideración á la fecha augusta del Centenario.

Pero el festejo popular más celebrado por lo nuevo y por lo bello, y que ha sido un triunfo para la Comisión Nacional del Centenario y sobre todo para el Sr. Casarin (antes citado) fué el desfile histórico compuesto de tres partes ó cuadros, que constituyó como una resurrección del pasado, siendo un espectáculo sugestivo, hecho con estricto rigor histórico.

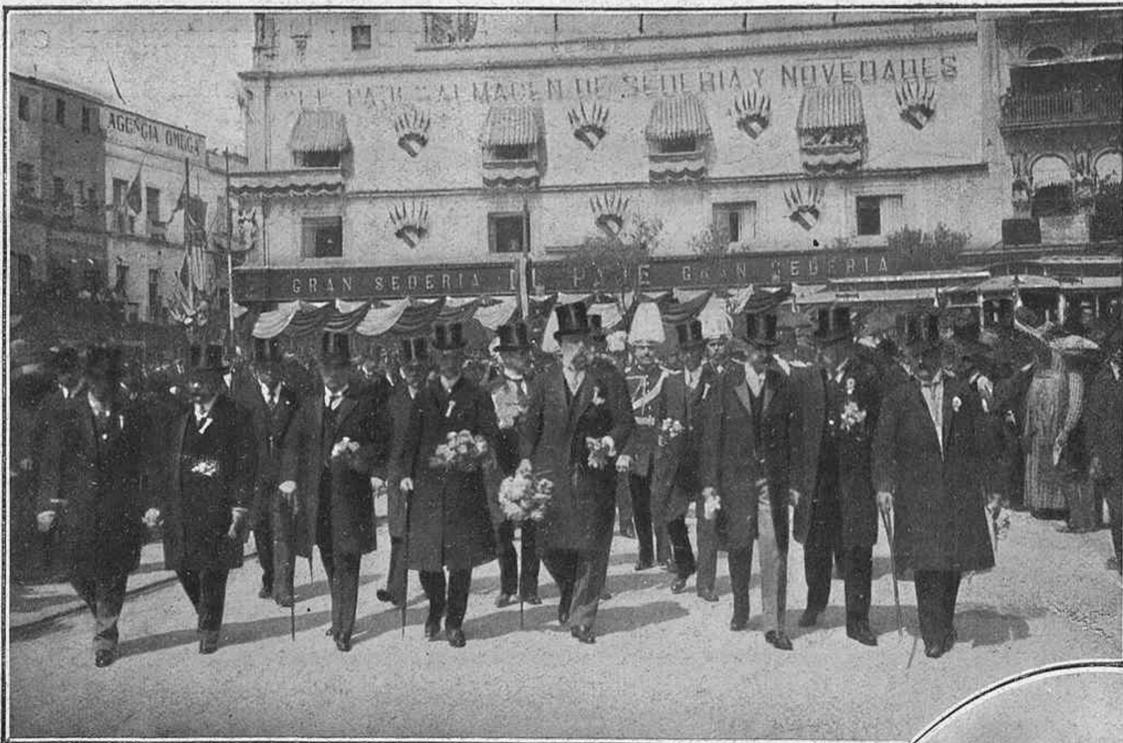
El primer cuadro representaba la entrevista del emperador Moctezuma y de Hernán Cortés. Iba el primero en rico palanquín, rodeado de magnates de su corte, de grandes señores, de damas distinguidas aztecas, todo ello presentado con tal propiedad, que despertó el entusiasmo de la gente.

El conquistador montaba su famoso caballo torcillo y rodeábanlo sus capitanes más conocidos, como Alvarado, Cristóbal de Olid y otros, sin que faltara Bernal Díaz, cronista más tarde de la expedición. La célebre Malinche iba á pie junto á Cortés, y detrás los españoles, los soldados que acompañaron al inmortal extremeño en la aventura. Llegadas

personajes se ofrecieron los regalos que la historia cuenta, disolviéndose la cabalgata, que la formaban unas 400 personas.

El segundo cuadro representaba el Paseo del Pendón, en tiempos del virreinato, que todos los años se verificaba el día de San Hipólito en recuerdo de la conquista. Vimos desfilar al virrey con los oidores, á los nobles, todos vistiendo ricos trajes de terciopelo bordado según el modelo de la época, al alférez real ostentando el pendón, á regidores y militares, á frailes, en una palabra, á toda la comitiva en número de más de 300. Esta parte del desfile produjo un efecto indescriptible, habiendo sido muy celebrada.

El tercero y último cuadro representaba la entrada del ejército de las tres garantías ó triguarante al mando del general Iturbide, que luego fué emperador de México. Como se trataba de una página de la historia mexicana, en la cual figuraba un per-



La Comisión Nacional del Centenario dirigiéndose al cementerio para depositar flores en la tumba de Hidalgo.



Columna de la Independencia inaugurada en el Paseo de la Reforma durante las fiestas del Centenario.



El presidente de la República general Porfirio Díaz, el vicepresidente D. Ramón Corral y los ministros regresando de una ceremonia oficial.

ambas comitivas frente al Palacio Nacional y ya delante del presidente de la República, ambos sonaje bastante discutido, esta parte del desfile fué de sumo interés y estuvo representada á maravilla, como insurgente D. Manuel María Morelos y Pavón, que se conservaba en el Museo de Artillería de

viéndose al célebre personaje rodeado de los insurgentes Vicente Guerrero, Bravo y siguiéndole parte de los diversos regimientos que consumaron la independencia mexicana, hasta el número de 400.

Cerraban el desfile carros alegóricos representando escenas de la citada independencia, como la toma de Cuautla por el insigne Morelos, todo lo cual fué aplaudidísimo, mereciendo elogios entusiastas los que organizaron fiesta tan magnífica.

Con respecto á los festejos que hemos calificado de índole social, merece citarse, en primer término, el baile dado en el patio



Grupo de batidores que abrían la marcha



Hernán Cortés y sus capitanes



Grandes señores aztecas del tiempo del emperador Moctezuma



Grupo de asistentes á un banquete dado por los representantes de once naciones extranjeras

Madrid. Los discursos cambiados en ese acto entre el señor general Díaz y el marqués de Polavieja fueron de resonancia por expresar la intimidad y el cariño que une á España y á México, y que las circunstancias históricas no han amenguado en lo más mínimo.

Casi todas las naciones de Europa han dejado en México en estos días obsequios que conmemoren la fecha del Centenario. España el citado uniforme y además se puso la primera piedra para una estatua á la reina inmortal Isabel la Católica en el bosque de Chapultepec, y se pusieron placas en varias calles que llevarán el nombre de la augusta soberana; Francia un monumento á Pasteur, que se ha de levantar en un jardín que ocupa céntrica posición; Alemania una estatua del barón Humboldt, que ya está en el jardín de la Biblioteca Nacional de México; Turquía un reloj público muy curioso; Italia un monumento á Garibaldi; y así sucesivamente, y si Inglaterra no tomó parte alguna fué por el luto de la corte, pero en breve ha de llegar á las aguas mexicanas una escuadrilla inglesa para felicitar al gobierno mexicano por el éxito de fiestas tan admirables.



Inauguración del monumento á Pasteur, presidida por el general Porfirio Díaz.



Inauguración del monumento á Juárez que ha sido erigido en la Alameda

Todos estos actos resultaron solemnísimos y á casi todos ellos concurrió el presidente de la República, revistiendo especial importancia las inauguraciones de los monumentos á Isabel la Católica y á Humboldt y la colocación de torchas muy concurrido y animado; una fiesta en el Colegio Militar en Chapultepec en honor á los alumnos que defendieron el castillo del mismo nombre, en la guerra de 1847; las funciones de gala en diversos teatros; la brillante

la primera piedra del dedicado á Pasteur. La ciencia ha dado su contingente en estas solemnidades, verificándose conferencias de higiene y de salubridad; un congreso de americanistas, los cuales fueron un día á visitar las pirámides de San Juan Tectihucán, célebres en el mundo entero; una Exposición médica mexicana en la Escuela Nacional de Medicina; un Congreso de Instrucción Primaria en el edificio de la Secretaría del ramo, y en fin, la inauguración de la Escuela Nacional de Altos Estudios, que constituye un progreso de importancia en la cultura mexicana, y un Congreso indianista para la protección y el progreso de la raza indígena.

No quiero terminar esta correspondencia sin citar el monumento al benemérito de las Américas D. Benito Juárez, inaugurado en estos días en la Alameda; un paseo de an-



recepción que el Consejo superior de la municipalidad celebró en honor de las misiones extranjeras del comercio y de la alta sociedad mexicana, con motivo de la inauguración del nuevo palacio municipal, y otros espectáculos de carácter popular, como bailes en los mercados para solaz de las clases humildes; y en fin, tanto y tanto como me dejo, no por olvido ciertamente, sino por falta de espacio, como por ejemplo la interesante Exposición de Arte Español, que ha servido para despertar entusiasmos por la pintura y la escultura iberas, admiradas por infinidad de personas, muchas de las



cuales adquirieron bastantes obras maestras á buen precio.
Y termino haciendo votos porque no se interrumpa nunca el progreso de México y porque siga viviendo en las mejores armonías con todos los países que enviaron sus delegados, como prueba de simpatía hacia la fecha memorable que celebraba un pueblo que se siente feliz con sus libertades y con su desarrollo material.

LUIS DE LARRODER.

México, octubre de 1910.

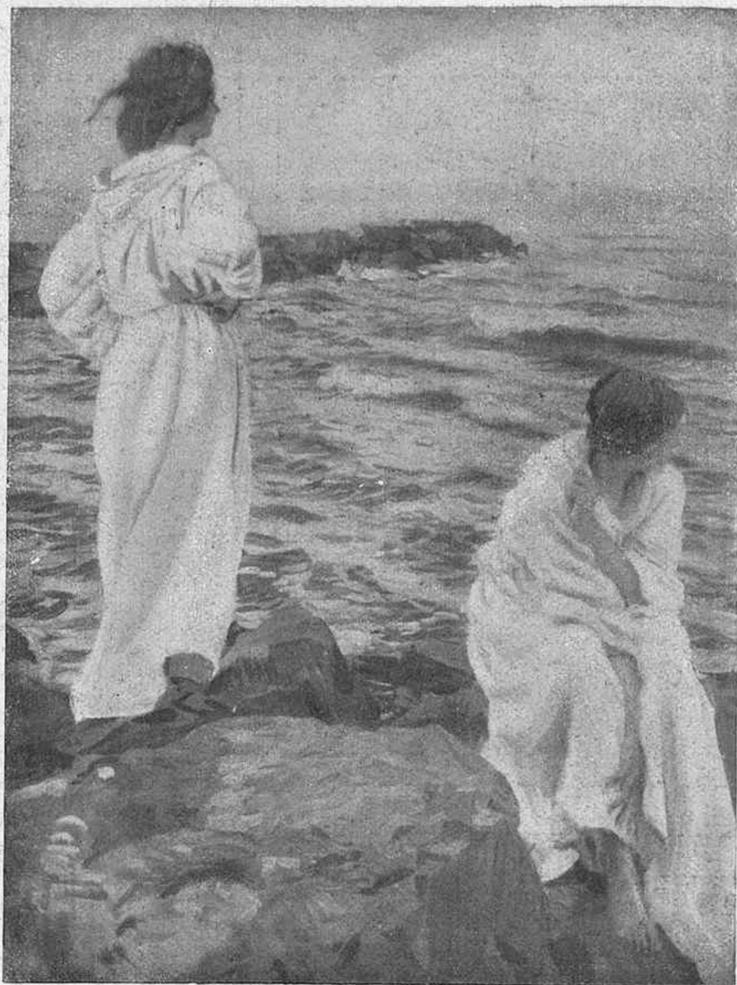


LA CABALGATA DEL COMERCIO.—Carroza del Palacio de hierro.—Carroza del Comercio.—Carroza de la Compañía Cervecera

Las fotografías que ilustran la anterior crónica de las fiestas del Centenario de la Independencia mexicana son de H. J. Gutiérrez y nos han sido remitidas por nuestro corresponsal en México D. Eusebio Gómez de la Puente, á quien damos las más expresivas gracias por la atención que ha tenido con LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, como se las damos también al Sr. H. J. Gutiérrez y al distinguido publicista Sr. Larroder por su interesante artículo descriptivo,



Junto á la chimenea, cuadro de Enrique Salem Hubbell
(Exposición de Arte norteamericano. Berlín, 1910.)



Amplio horizonte, cuadro de Héctor Tito
(Exposición Internacional de Bellas Artes. Venecia, 1910.)



Recogedor de colillas en los bulevares parisienses, cuadro de A. J. Robert



¡SOLA!, fragmento de un cuadro de Luis Belle

VENECIA. - INAUGURACIÓN DE UNA LÁPIDA A RICARDO WÁGNER

Hace cerca de veintiocho años falleció, en el palacio Vendramin de Venecia, el genial Ricardo Wáagner en la plenitud de su gloria.

Hasta el presente nadie había pensado en conmemorar aquel



Lápidia conmemorativa recientemente colocada en Venecia, en la casa en donde falleció, en 1883, Ricardo Wáagner, obra de Héctor Cadorn. (De fotografía.)

hecho; pero últimamente constituyóse un comité internacional, compuesto de admiradores del gran maestro, que tuvo la delicada y piadosa idea de subsanar tal descuido y reuniendo los fondos necesarios encargó al escultor veneciano Héctor Cadorn una lápidia conmemorativa del inmortal autor de la *Tetralogía* y de *Parsifal*.

La inauguración de esta lápidia efectuóse el día 26 del pasado octubre y á ella asistieron, entre otros, el prefecto de Venecia, el comandante del departamento, un representante de la casa Ricordi, los miembros de la prensa veneciana y extranjera y gran número de admiradores de Wáagner.

Una orquesta ejecutó el prelude de *Los maestros cantores* y luego el Sr. Rikoff pronunció, en nombre del comité francés de los amigos de la música, un sentido discurso, en el que después de haber recordado la muerte del maestro, celebró la universalidad de su genio.

El conde Grimani, alcalde de Venecia, tomó posesión del monumento, declarando que la ciudad se honraría cuidando del precioso depósito que se le confiaba.

Terminó el acto con la ejecución de la marcha fúnebre de *El ocaso de los dioses*.



D. Raimundo Casellas, notable literato, crítico de arte y periodista, fallecido el 2 de los corrientes. (De fotografía.)

RAIMUNDO CASELLAS

Víctima de un accidente, falleció el día 2 del actual, arrollado por un tren en las inmediaciones de San Juan de las

Abadesas, el distinguido literato, crítico de arte é infatigable periodista Raimundo Casellas. Penosa fué la impresión que nos produjo la noticia de su trágico fin. La relación amistosa que con él sostuvimos durante veinte años, nos coloca en situación especialísima para apreciar sus merecimientos, el esfuerzo y energías que hubo de desplegar para alcanzar notoriedad y la importancia de su labor. Cuando después de algunos ensayos literarios que vieron la luz pública en algunos semanarios y almanaques ilustrados, cual el de *La Esquella de la Torratxa*, entregóse de lleno á los estudios críticos, abandonando sus especulaciones industriales, comenzó para Casellas un período de labor intelectual copiosísimo, dedicándose con el mayor entusiasmo á los trabajos y estudios artísticos, que insertados en las columnas de *La Vanguardia* primero y en las de *La Veu de Catalunya* después, constituyen, muchos de ellos, elementos valiosos de consulta, especialmente los que se refieren á los artistas catalanes de las pasadas centurias, de los cuales llegó á formar, á costa de grandes desvelos y no escasos dispendios, una nutrida é importante colección de dibujos. Como resultado de los conocimientos que llegó á poseer, fué designado para formar parte de la Comisión de Museos, en la que pudo dar constante testimonio de su asiduidad y competencia.

Entregado á la defensa de la causa representada por el periódico *La Veu de Catalunya*, cuya redacción presidió por espacio de muchos años, pudo, á pesar del agobio de la labor periodística, escribir dos libros que atestiguan la virilidad de su concepción, cuales son *Sots ferestechs* y *Multituts*, que significan dos timbres de gloria para el infortunado escritor.

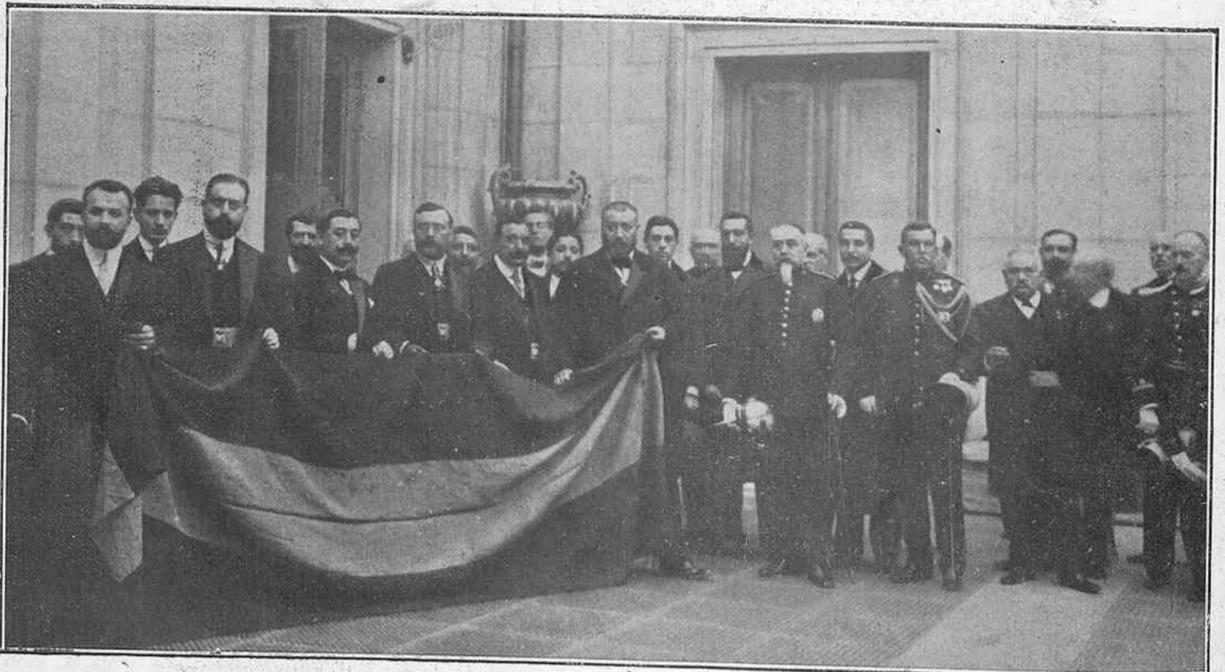
Con la muerte del que fué nuestro amigo ha desaparecido una de las más salientes representaciones de la intelectualidad de nuestro país. De ahí que le tribute-mos un cariñoso recuerdo y hagamos votos para que su labor sea fructífera.

A fin de perpetuar la memoria de Casellas, un grupo de artistas y admiradores se propone organizar una tómbola, para la cual se han recibido ya importantes donativos, á fin de erigirle un busto en un sitio público de esta ciudad. Bien merece este homenaje quien tanto hizo en pro de la cultura.

Descanse en paz el amigo y compañero.

MADRID. - ENTREGA DE UNA BANDERA

En el salón de sesiones del Ayuntamiento matritense efectuóse el día 5 de los corrientes la solemne ceremonia de en-



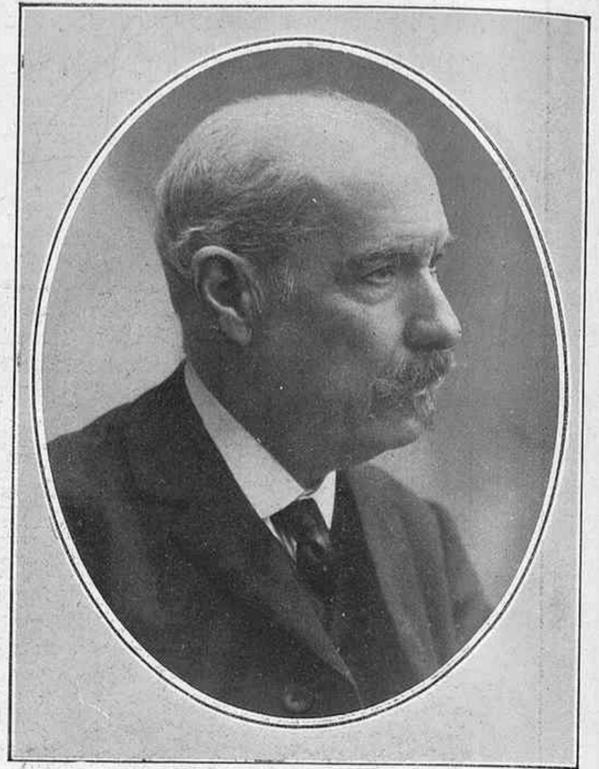
Madrid.—Solemne acto de entrega de la última bandera española que ondeó en la Casa Consistorial de la Habana, ofrecida al Ayuntamiento matritense por D. Rafael Briasco. (De fotografía de Asenjo.)

tregar la última bandera que ondeó en la Casa Consistorial de la Habana el día en que aquella plaza se rindió á los norteamericanos.

Esta reliquia histórica ha sido ofrecida al cabildo municipal de la corte, para que la conserve en un sitio de honor, por don Rafael Briasco, quien la recibió como herencia á la muerte de D. José Martínez Franco, empleado del Ayuntamiento de la capital de Cuba, en donde prestó sus servicios por espacio de cuarenta y siete años. Dicho señor la recogió antes de que las turbas asaltasen aquella Casa Consistorial y presentó la dimisión de su cargo antes de que se izase la bandera norteamericana.

El alcalde Sr. Francos Rodríguez presidió la ceremonia, á la cual asistieron el general Andino, en representación del capitán general de Madrid, D. Facundo Dorado, patrocinador del acto, el Sr. Briasco, los concejales y representaciones

de todos los cuerpos de la guarnición de la corte. El alcalde, los Sres. Briasco y Dorado y el general Andino pronunciaron patrióticos discursos que fueron acogidos con grandes aplausos y calurosos vivas á España y al Ejército.



D. Salvador Giner, eminente compositor valenciano á quien Valencia ha tributado un solemne homenaje el día 6 de los corrientes. (De fotografía de Barberá Masip.)

VALENCIA. - HOMENAJE AL MAESTRO GINER

El día 5 de los corrientes celebróse en el salón de actos de la Exposición un solemne homenaje al eminente compositor valenciano D. Salvador Giner.

Reunidos á las diez y media de la mañana en casa del conde de Parcent el orfeón El Micalet, organizador del homenaje, el de la Vega y el Antigoro, las bandas de música de la Casa de Misericordia y de Beneficencia, la sociedad Lo Rat Penat, varias comisiones y numeroso público, dirigiéronse al Ayuntamiento, en donde se unieron á la comitiva el alcalde, los concejales, los maceros y la banda municipal, y desde allí á la Exposición.

La ceremonia fué presidida por el alcalde Sr. Ibáñez Rizo, y á ella asistieron representantes de todas las corporaciones y sociedades, alumnos del Conservatorio y un público escogido que llenaba por completo el grandioso salón.

Después de la lectura de una memoria, el Dr. Guillén, en

representación de El Micalet, pronunció un sentido discurso analizando la personalidad del maestro Giner y encomiando sus brillantezas dotes artísticas; D. Eduardo Escalante y don Maximiliano Tous leyeron poesías alusivas; cantáronse romanzas de las óperas de Giner *El soñador* y *El fantasma*; la banda municipal interpretó las principales obras del festejado; el alcalde trazó en elocuentes párrafos la biografía de éste, y por último El Micalet cantó la hermosa composición *La festa del poble*.

Terminado el acto, se trasladó la comitiva á la casa del maestro Giner, que se hallaba enfermo, para hacerle entrega de un artístico pergamino, recuerdo del homenaje en su honor celebrado, obra del laureado pintor valenciano señor Soriano.

Por la noche, en el local de El Micalet, celebróse una velada en honor del Sr. Giner.

LA MADRE PATRIA

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT.—ILUSTRACIONES DE LEÓN FAURET. (CONTINUACIÓN)

Extendidas las manos, añadió:
—En verdad os digo que el brazo del Señor es el que se interpone entre los adversarios. Habrá que reco-

bles tardes de niebla y de lodo fastidiosas; generalmente, los días de diciembre eran tranquilos y hermosos; y en la ola de plata que se deshacía de la sel-

En un sillón, en el mejor sitio, al lado de Beltrana, Reinaldo, el muchacho herido, débil todavía y sensible al frío, contemplaba con la mirada fija los



... Jerónimo se levantaba, iba á buscar un libro y leía en voz alta

nocerlo é inclinarse. Así terminará la discordia sangrienta. Veremos volver á Clorinda con Eitel en brazos; yo misma lo veré; tendré la fuerza, como tengo la voluntad, de vivir hasta entonces. Por lo pronto, ¡abajo las armas! ¡Es la tregua del invierno, es la tregua de Dios!

IV

Nevaba. Hacía semanas que, de noche y de día, caía una lluvia continua de copos espesos que nivelaban la llanura, aplastaban el bosque, prodigaban el silencio y suspendían la vida en torno de las habitaciones aisladas, sin contacto entre ellas, sin noticias del más allá, y el más allá se limitaba á un tiro de escopeta.

En las cuadras y en los establos, las bestias prisioneras gemían sordamente, pisoteaban la pajaza y hacían poco caso del heno del comedero. Los perros, á quienes la nieve había alegrado en los primeros momentos, cansados ahora del frío, dormían día y noche, hechos una bola, delante del fuego, sin cesar alimentado, de las vastas chimeneas.

Los hombres también se aburrían á la larga; para aquellas naturalezas rudas, acostumbradas al esfuerzo, tanta inactividad se convertía en sufrimiento. Bostezar todo el día delante de las ventanas cerradas, esperando un claro que no llegaba nunca ¿era vivir?

Los más robustos eran los que más sufrían; no sabiendo en qué gastar su vigor, imaginaban trabajos interiores que abandonaban pronto por falta de interés.

En ninguna época se había visto un invierno tan lúgubre, tan desesperadamente monótono en su agobio de avalancha desastrosa.

Eran poco conocidas en la Acadia las intermina-

va al río, en su cielo puro, un cielo argelino, brillaba casi siempre un sol espléndido.

Las noches eran aún más radiantes, con la magia de las auroras boreales. Y el encanto no era sólo para los ojos; cuando el tiempo era suave, reinaba en todas partes un misterioso silencio en que las voces resonaban más claras, en que, aun lejanas, parecían próximas, vibrantes en la atmósfera con dulzuras cristalinas. Cuando llegaba el frío, se distinguía á lo lejos la música extraña; particular, que hace la nieve que rompe.

Sí, ordinariamente, en Acadia, los días eran serenos y el frío alegre; éste proporcionaba salud á los hombres y preparaba, en su obra benéfica, la fecundidad de la tierra.

Pero nada de esto ocurrió en aquel invierno de 1870; de día, torrentes de nieve, que el viento mortífero de las noches congelaba en ásperos bloques, haciendo tomar al paisaje aspecto de bancas de hielo.

—¡El Espíritu del Mal se halla desencadenado!, decía la gente sencilla, meneando la cabeza. No es natural lo que pasa... ¡Sí; el Espíritu del Mal!

Poco á poco se habían asimilado las creencias primitivas de los indios, relativas á los poderes ocultos, á los genios perniciosos. Los Bricogne no compartían aquellas supersticiones legendarias, pero la tristeza monótona del exterior les abatía. Entonces, durante las veladas lúgubres, se reunían todos en la sala principal, delante de un hogar incandescente, donde, sobre los haces de leña sin cesar renovados, ardían troncos enteros de carpas y de hayas.

Los unos ocupaban sus manos en remendar redes que sabe Dios cuándo servirían; otros esculpían con la punta de un cuchillo bastones de avellano; las mujeres cosían ó fabricaban al *crochet* elásticos para los hombres.

círculos de luz que los quinqués dibujaban en el techo.

A veces, con frecuencia, para sacudir el entorpecimiento ambiente y reanimar los corazones, Jerónimo se levantaba, iba á buscar un libro y leía en voz alta.

Siempre leía el mismo libro: *El Memorial de Santa Elena*, en que sobrevive, ardiente, el pensamiento de Napoleón. Era el breviario de aquel hijo de un soldado del imperio. La gran voz de ultratumba, más alta en aquel desierto, refería y cantaba las glorias pasadas.

Todos se estremecían á la sordina, alargando el cuello y abriendo más los ojos. «¡Qué tiempo!, ¡qué hombres!» Beltrana, tendida en su sillón, con los párpados caídos y las manos vagas, murmuraba de vez en cuando:

—Sí, me acuerdo. Tu padre, vuestro abuelo me lo contó. Él estaba allí... Murat entró á la carga... El emperador gritaba: ¡Bravo!

Pero cuando, fatigado y con la garganta seca, Jerónimo se detiene, con los dedos entre las páginas del libro medio cerrado, la eterna obsesión vuelve á asaltar á aquellos cautivos sublevados. Una voz se aventura á pronunciar: «¿Qué hacen en Francia?»

Y en seguida, el miedo á lo desconocido y el dolor de los vencidos acalentan los cerebros. Una larga queja sube hacia la madre patria. Y Beltrana dice ensimismada:

—El rey Guillermo de Prusia..., un anciano, sin embargo... Casi tiene mi edad... ¿Cómo, tan cerca de la tumba, se atreve á asumir tantos cargos sangrientos? ¿Qué contestará mañana, cuando Dios le pida cuentas? No tendrá ya cetro, ni espada, ni corona... No. Comparecerá desnudo delante de su Criador; sus crímenes aullarán tras él como perros furiosos y los muertos por culpa suya le acusarán de frente. Debería pensar en eso.

Rolando, emocionado, profetiza:

—¡Querellas de reyes!, ¡orgullo del derecho divino que enloquece á todos los príncipes! Intereses dinásticos que pasan por encima de los pueblos y sin embargo los siegan. Monstruosidades de las tradiciones bárbaras: dos hombres deciden de la suerte de cien millones de hombres... ¡Eso pasa!

Respira fuerte, y continúa con la voz más sombría y una gran fe.

—Llegará un día en que los pueblos, cansados de dejarse engañar, y de devorarse mutuamente por el capricho de un amo, se sacudirán las pulgas, aplastando á los tiranos... No será la primera vez, pero la próxima será la buena... Y después, ¡qué reposo en la grande armonía de los pueblos libertados!

—Sí, quizá, concede Bricogne, pero aún no ha llegado el día... Y, mientras tanto, ¿qué pasa en Francia?

Una noche, á esta pregunta repetida por centésima vez, una voz del fondo de la sala contestó bruscamente:

—A fe mía, si me lo permitís, iré á averiguarlo. Estoy consumiéndome de impaciencia por saberlo. Y no de ahora, sino desde hace muchos días... No puedo resistir más.

Todos se volvieron hacia el que acababa de hablar así. Era Cesáreo, un excelente mozo, sin pelo de tonto, pero muy terco como nadie ignoraba. El amo interpelado replicó lentamente:

—¡Estás loco, muchacho!, asómate á la ventana y mira lo que cae. ¿Adónde quieres ir?

—¡Oh!, no muy lejos, replicó Cesáreo... Hasta Halifax, por ejemplo. Allí deben saber lo que pasa.

—¡Tonto!, repuso Bricogne, ¡si de aquí á Halifax hay cincuenta leguas!, ¡sin camino! ¡Todo es hielo!

Filosóficamente, el leñador contestó:

—Las abarcas no se inventaron para las focas y yo sé servirme de ellas.

—¡Y los indios!, dijo Rolando.

—¡Y los lobos!, objetó Rogerio.

—Y la nieve, suspiró Virginia.

—¿Y las noches?, hizo observar Lucrecia.

—¿Y la comida?, preguntó Judit.

El mismo Reinaldo, sacado de su estupor y bruscamente interesado, dió un prudente consejo:

—¡Cesáreo, es ir á la muerte sin provecho alguno! Pero el testarudo persistía en su idea primera.

—La nieve, los lobos, los indios, ¡bah! Nada de eso es nuevo para mí. Os digo que iré...

—¡Pero no volverás!, afirmó Jerónimo.

—¡Y volveré!, replicó Cesáreo.

Era meridional, de las inmediaciones de Narbona, y se creía capaz de todo.

—¡Te lo prohibo! ¿Entiendes?, dijo terminantemente el amo. ¡No hablemos más!

—¡Está bien, mi amo, esá bien! No hablemos más.

Parecía rendirse. Pero, á la mañana siguiente, faltó á la hora de la sopa. Había partido, desafiando los mil peligros de aquel maldito invierno. Aquello aumentó la tristeza general.

—Es una muerte más en el pasivo de la guerra, declaró Bricogne, la noche de aquel mismo día, durante la velada.

Nadie le contradijo. Las frentes se hallaban más inclinadas y los corazones más oprimidos.

A menudo, y fatalmente, en la casa francesa se preocupaban también de lo que pasaba en la casa alemana. Entonces ¡las penas, exclusivamente subjetivas, se traducían en quejas sordas, arrancando gemidos.

Todos se enternecían; parte de su alma se hallaba cautiva bajo aquel techo tan próximo y tan lejano á la vez, sepultado bajo la nieve adormecedora. Clorinda y Eitel para todos; Cristina para uno solo; sin contar los sentimientos secretos; pasiones diversas, pero angustiosas; idea fija, tenaz, imposible de apartar de sí.

Ansiosa, Beltrana Bricogne extraviaba su razón en monólogos confusos. Se la oía murmurar como una letanía.

—Eitel era rubio, Eitel era fresco como una rosa, con abundantes cabellos claros y ojos de Acadia... Tenía dientecitos puntiagudos que enseñaba al reír... En los buenos tiempos, los Griffeld afirmaban que recordaba á los niños de su raza; nosotros replicábamos que sus facciones eran nuestras... Quizá no se parecía á nadie ó se parecía á todo el mundo... Tal como era, llenaba mi corazón; ahora mi corazón está vacío. ¡La vieja oveja llama al cordero perdido!

—¿Madre, decía Virginia, por qué habláis de él en pretérito?..

—Porque todo lo que sale de mi boca pertenece al pasado.

—¡No, no!, interrumpió Bricogne... El niño es lo que era, ¡quiera Dios que no nos olvide! Estoy seguro de que su madre cuida de que así sea. ¡Ay! Eitel... sí, era un buen chico. Le gustaba reír, y be-

bía un dedo de vino, los domingos, con satisfacción, en esta mesa.

—¿Su madre?, sugería Lucrecia; ¡cómo debe sufrir, la pobre, sola entre esos bandidos!

—¡Oh!, decía Judit, ¡Herberto sería el último de los cobardes si no la protegiese!

Pero Reinaldo, con su voz alterada, como remota, replicaba:

—Es quizá el último de los cobardes... Pero no, el último no; ahí están sus hermanos...

Rogerio reponía:

—En todo caso, mamá Tecla es buena; Cristina y Carlota quieren á Clorinda... Deben defenderla... La voz grave de Rolando intervenía:

—¡La madre, quizá; Carlota también! Pero, tenedlo entendido, Cristina no quiere á nadie; cuando daba su corazón, mentía.

El joven se irritaba, hacía hincapié sobre sus palabras á fin de que expresaran mejor sus sentimientos:

—¿Cristina?.. Os digo que á estas horas se han vuelto á apoderar de ella... ¡Estoy seguro! Yo la amaba, como se ama en nuestras soledades, con la fuerza de deseo que da el desierto. Pues bien, ahora no siento por ella más que aversión y desprecio; ¡no descansaré hasta haberla visto llorar á mis pies, vencida por el dolor y herida en los suyos!

Esto diciendo, se erguía feroz, se paseaba á grandes pasos por la sala, haciendo temblar el pavimento de madera. Todos callaban, comprendiendo su pena. Entonces Reinaldo, con la voz vibrante de cólera, decía:

—¡Tranquilízate, hermano; tranquilízate; será como tú dices! Tan pronto como mis brazos hayan recobrado fuerzas, buscaremos los desquites... y verás tus deseos cumplidos; puedes creerlo! ¡Correrán lágrimas alemanas sobre muertos alemanes! ¡Sí, pero necesito tener brazos!..

Y se dejaba caer de nuevo en los almohadones de su butaca, extenuado por su odio, más fuerte que él.

Beltrana y Virginia le reñían amablemente por su furor, diciéndole que éste le hacía daño y era impío. No había que pensar en la venganza, sino abrigar, por el contrario, esperanzas de paz y de reconciliación, con olvido de las injurias.

A esta homilfa cristiana, mozos y mozas, lejos de adoptar una actitud de compunción, gruñan en sus rincones como perros rabiosos. Pero Bricogne aprobaba las palabras de su madre y de su esposa.

—¡Fuera perros gruñones! Vuestra abuela y vuestra madre han hablado bien. Sí, la paz sería buena, no me cabe duda; por esto la deseo; por esto la quiero. No será difícil restablecerla si, según creo, la Francia se ha rehecho, si ha rechazado al enemigo de su territorio, arrojándolo, tambor batiente, más allá de las fronteras. Y eso es lo que ha sucedido ó sucede en este momento.

Su voz se hizo más sonora:

—La Francia, hijos míos, es capaz de heroicos esfuerzos, de sublimes resistencias, capaz de todo, hasta de lo imposible. Entonces, cuando seamos vencedores, podremos ser generosos y tender la mano á nuestros enemigos de un día, con el alma complaciente. ¡Ojalá! ¡Ah, si Cesáreo pudiese volver pronto, trayendo estas noticias, qué alegría, hijos míos, qué peso menos sobre nuestros corazones! Lo repito, entonces todo podría arreglarse con los Griffeld, algunos de los cuales estoy seguro que lo desean.

—¡Lo que quieren son cuestiones!, dijo Judit.

—¡Silencio, muchacha! He dicho.

—¡Y has dicho bien, aprobó Beltrana; la justicia y la verdad salen de tu boca, hijo mío!

Los jóvenes, despechados, consentían en callar y ya sólo protestaban con sus actitudes. Virginia, pensativa, pareciendo considerar cosas muy lejanas, pronunciaba lentamente frases de pesadumbre:

—Antes de esto, las relaciones eran cordiales; nuestras dos familias bastaban para poblar la costa y el bosque. En el momento de la siega y de la vendimia, unos ayudaban á los otros para los trabajos urgentes; y, muchas veces, habéis puesto vuestra pesca en común. ¡Ah, las siegas..., ah, las vendimias..., cómo reíamos..., qué alegría la de todos!..

—¡Madre, madre, gritó Rolando, otra vez de pie, no recordéis esas cosas!.. Me causáis un pesar atroz. Fué un día de siega cuando mirando á Tina, bajo su gran sombrero de paja, comprendí..., sentí que se llevaba mi corazón... ¡Ah, qué día aquél!

—¿Y dices que ya no la amas?, dijo en voz baja Beltrana, inclinándose hacia su nieto.

—¡Qué sé yo!, replicó el muchacho, volviendo á sentarse, con la cabeza entre las manos, sofocado por las lágrimas, aturdido por aquella última ola de emoción, después de tantos golpes de tempestad.

—Sí, la vendimia, repuso Bricogne que seguía sus recuerdos... Al atardecer, estabais todos ebrios, á fuerza de comer uva. Volvíamos, cantando, en las carre-

tas... Aquella embriaguez era la buena. La embriaguez alegre de los buenos días, al aire libre... No se parecía en nada á la embriaguez brutal de la otra noche..., de la famosa noche. Si no hubiesen bebido tanto, aquel día, sin duda hubieran hablado de otro modo. ¿Pero quién iba á prever?.. ¡No hay que reprocharlo á nadie!

—¿Estaba bien seguro? Su necesidad de afirmar no indicaba la plena certeza. Pero Virginia, que tenía presente en la memoria las escenas de antaño, recordaba aún las cosas y los seres tal como se presentaban, mezclados, á los ojos de su espíritu.

—¿Y los domingos?.. ¿Cuándo volveremos á ver aquellos domingos?.. Nos reuníamos tan pronto en casa del uno, tan pronto en casa del otro; pero con más frecuencia en la nuestra; nos habíamos puesto los trajes de fiesta; bailábamos en las granjas, mientras Hermann tocaba en su flauta arietes antiguas... ¡Ay! ¿Adónde ha ido á parar todo aquello?

Rogerio interrumpió con el ímpetu de su edad.

—¡Es verdad, madre, es verdad!, pero, por los rincones, Rolando se batía con Herberto, Reinaldo con Gottlob, yo con Guillermo y Otón apuntaba los golpes. Cada vez había reventadura de narices. Y en cuanto á la flauta del Sr. Griffeld..., ¡no seré yo quien la eche de menos!

Esta salida hizo sonreír á los jóvenes, pero Beltrana protestó:

—¡Error, muchacho! Cuando seas viejo, hasta echarás de menos lo malo, los defectos, las ridiculeces de la gente que habrás conocido, porque formarán parte de un todo que se llamará tu pasado; y porque, en el retroceso de los años, todo se confunde bajo un solo matiz indeciso: el gris melancólico.

Pero el muchacho se obstinaba:

—¡No es posible, abuela!, la flauta de Griffeld..., ¡ah, no! ¡Si dentro de veinte años pensase yo en ella, me atacaría los nervios!

—¡No importa!, dijo Bricogne, distraído un momento de las horas presentes; ¡así como así, eran los buenos tiempos!

Bajo el techo alemán, los días y las veladas eran aún más lúgubres, pues abrigaban la guerra en casa. La flauta de Hermann dormía, olvidada en un cajón; Guillermo ya no cantaba, sino que redoblaba sus molinetes de esgrima; Otón evangelizaba.

Clorinda, irreductible, persistía en tratar á Herberto como á un extraño, en cerrarle su puerta, y no dejaba pasar ningún ultraje, ninguna alusión, sin protesta inmediata.

A veces, en los trineos de los largos correos polares, dos perros enemigos, aparejados bajo las mismas guarniciones, tiran, con igual esfuerzo, por los caminos; pero en la etapa, apenas desatados, se precipitan el uno contra el otro; gruñendo y tratando de morderse; rencor inolvidado á pesar de la fatiga de la ruta.

Así, en la habitación alemana; aquellos personajes adversos que la vida ligaba, tan pronto como se reunían después de las cotidianas tareas, se desafiaban con la mirada, con el gesto y con la voz.

Entonces, para evitar en parte los furores de la francesa, los Griffeld resolvieron no volver á hablar delante de ella sino en alemán.

De este modo, les parecía que se libraban de una larga cohibición, de una larga servidumbre; que se lavaban de una vergüenza impuesta demasiado tiempo; y, de parte de los hijos, era, además, un reproche implícito dirigido á su padre que se había mostrado, al decir de ellos, cobarde en el pasado.

Al oírles hablar su idioma extranjero que le parecía bárbaro, y que ella no entendía, la pobre mujer, sorprendida, comprendió en el acto que se hallaba más que nunca excluida de la familia. Al pronto, casi se alegró; luego, á la larga, aquello agravó el sentimiento de su soledad, de su destierro, de su prisión.

Hablaba en francés á su hijo, que le contestaba en el mismo idioma; esto endulzaba su pena. A veces, también, en ausencia de los hombres, Tecla y Carlota se apresuraban á volver á usar con ella la lengua habitual. Ella les daba las gracias con sentidas frases en que resonaba el acento de su corazón tan destrozado.

Cristina, lejos de ofrecer sus bondades, se distanciaba cada vez más de su antigua amiga, de su hermana adoptiva.

Seguía creyendo que eran Rolando y los suyos los que habían incendiado la casa de los desposorios; y sufría secretamente, sin quererlo confesar, por aquella injuria inolvidable.

Había borrado su amor, bastante incierto, de su joven memoria, procuraba odiar y lo conseguía.

Hermann, avejentado, cada vez más reconvenido por sus hijos, evitaba cuidadosamente la menor complacencia con su triste nuera, á quien antes quería.

De modo que los pocos apoyos que le quedaban á ésta eran débiles y disimulados por temor á querellas. Sin embargo, al principio del invierno, de vez en cuando, el padre, á quien se le apuraba la paciencia resistía aún á sus hijos rebeldes. Una noche les gritaba en una postrera explosión de justicia indignada:

—¡Pero, en fin, sois aquí los amos? ¿Sois vosotros los que mandáis? He aquí lo que se gana queriendo sostener á su familia reunida. Tan pronto como tienen dientes, los lobatos quieren morder. ¿Por qué no habéis marchado á destinos diversos, dejándome solo en mi casa, y libre de mis acciones? Yo debí decir á cada uno de vosotros, poniéndolos una piedra en la mano izquierda, y un eslabón en la derecha: «¡Anda, arréglate, muchacho; á encender tu hogar fuera de aquí!» Pero uno pierde á sus hijos por exceso de cariño. Os hacéis dueños de la casa como si yo hubiera muerto... Y aun cuando yo falte, os batiéreis entre vosotros. Es muy fácil abrogarse derechos rehusando los deberes. ¡Cuidado, que se me acaba la paciencia!

Pero, del ángulo de la chimenea, se elevó, rechinando, la quebrantada voz de Gottlob. Lívido, inclinado sobre el fuego, no logrando curar, porque, cada día, una nueva convulsión de cólera volvía á abrir las heridas mal cicatrizadas.

—¡Eso es!, gritó; ¡la culpa es mía! Siento por vos que Reinaldo no me dejase en el sitio. Si yo estuviese enterrado, estaríais más tranquilo.

A este llamamiento del herido, del moribundo quizá, pues subsistía el peligro, el viejo Griffeld, confundido, no sabía qué contestar. Dulcificando la voz, suplicó en seguida:

—¡Calla, muchacho; no te agites, que agravarás tu mal! Tu vendaje se desarregla.

Así es que, con tal refuerzo, el partido del odio tenía siempre razón. Pronto el viejo renunció á luchar. Cerraba los ojos y dejaba decir. Y cuando aparecía Clorinda, la saludaba en seguida un murmullo de aversión.

La pobre mujer vivió aparte, encerrada en su cuarto, negándose á sentarse á la mesa común. Herberto, cada vez más irritado á medida que los días y las noches confirmaban su viudez, pensaba en los medios de reducir á la esposa divorciada.

Un día creyó encontrarlo. Aquel día, sorprendió á los suyos con su rostro bruscamente jovial y las súbitas carcajadas que sacudían su cuerpo.

Tecla tuvo miedo y creyó que se había vuelto loco. Esto no tenía nada de inverosímil; en aquella ociosidad forzosa, en aquel enervamiento, en aquellas luchas, en aquellas penas continuas, un espíritu de mejor temple que el suyo hubiera podido desfallecer en un momento dado.

Pero él en seguida la tranquilizó. ¿Cuál era el secreto de su buen humor? La cosa era muy sencilla. Sabía al fin cómo vencer á Clorinda, cómo obligarla á rendirse, complaciente y sumisa como antes.

—¡Tanto mejor!, aprobó Otón; ¡no conviene que el hombre viva solo!

Herberto no dió más explicaciones, retenido por la vanidad de realizar sin el concurso de nadie el proyecto maravilloso que había concebido.

Si Clorinda no se mezclaba ya en la vida de la casa, nunca había pensado en separar de esta vida á Eitel, pues, á pesar de su parte de sangre francesa, el niño conservaba en torno suyo profundos afectos.

Durante el día, iba y venía en libertad por toda la habitación; su madre no le hacía llamar sino á las horas de las comidas, que le servía ella, ó á la hora de acostarse.

Una noche, cuando lo mandó á llamar por una criada, ésta volvió cabizbaja, sin Eitel, con una carta en la mano.

—Del Sr. Herberto, dijo entregando el papel.

Antes de abrirlo, Clorinda había palidecido, presintiendo una desgracia, y leyó con la vista turbada:

«Me quedo con Eitel. Si quieres volverlo á ver, tienes que someterte á mi voluntad. Es decir, obrar como buena alemana que debieras ser, reanudar nuestra existencia común, como antes; volver á ser mi esposa en todos sentidos. En fin, humillarte ante mí. Si te niegas, de la misma manera que te has quedado sin marido, te quedarás sin hijo.»

A esta lectura, la madre cerró los ojos y se apoyó en la pared. La persecución se hacía demasiado cruel.

De pronto, tuvo deseos de ceder, reservando sus sentimientos íntimos. Pero no tardó en considerar la vergüenza de semejante compromiso. Rechazó las ideas cobardes, y se dijo que, después de todo, no se vivía más que una vez.

Cogió de sobre la mesa un lápiz y escribió á través de aquella carta que era un mandato: «Quédate con Eitel. Estaré mejor sola para morir.» Y la devolvió por la misma criada.

Ante aquella breve línea, Herberto blasfemó y juró

como un diablo. Había creído firmemente que Clorinda se rendiría; que su ternura por su hijo podría más que su odio por su marido. Por consiguiente, se había equivocado.

Como había leído en voz alta, acentuando las frases, su imperiosa epístola ante su familia reunida, leyó también la respuesta. Si, á la primera lectura, los pareceres fueron unánimes, aún lo fueron más á la segunda.

Gottlob, Otón y Guillermo reclamaban los últimos rigores para aquella mujer indomable; Hermann y las mujeres callaban dolorosamente.

Pero, Herberto, loco de rabia, juraba que impondría su voluntad, y que Eitel había muerto para su madre miserable.

Mientras tanto, el niño, retenido en rehenes, se había dormido en un sillón; había pasado para él la hora habitual de acostarse; dormía con el rostro algo pálido, con su cabellera rubia sobre el hombro.

—¡Pobre criatura!, murmuró Tecla; él también va á sufrir, y ¿qué ha hecho el infeliz?

—Madre, pronunció Herberto, os lo confío. Os encargaréis de él. Con vos...

No acabó la frase, porque su madre le interrumpió:

—No, hijo mío. No quiero ser cómplice. ¡Has obrado solo, continúa!

—¡Vive Dios!, rugió el gigante, siendo así, puesto que todo el mundo hace traición, me le llevo conmigo; ¡después de todo, es mi hijo!

Cogió bruscamente á la criatura que, despertada con sobresalto, echó á gritar y á llorar llamando á su madre.

—¡Mal haya el mocoso!, protestó Guillermo, lleváoslo pronto de aquí. ¡Grazna como un cuervo que despluman; no hay medio de entenderse!

Herberto salió con el niño. Lo acostó á su lado, en su cama de viudo, en su antiguo cuarto de soltero; el niño continuó su música; Herberto trató de calmarlo y dormirlo. Pero Eitel, extrañado, presa de todos los miedos de la infancia, gimió toda la noche, gritando: «¡Mamá! ¡Mamá!»

Al día siguiente, su padre, cansado de tal compañero, lo puso en manos de una criada, con orden formal de no llevarlo á su madre.

Pero esta criada, una tal Jenny, que era buena muchacha, no aceptó semejante misión sino de mala gana y, más tarde, hizo resueltamente traición á la confianza de su amo.

Mas, para empezar, fingió desempeñar su papel con el mayor celo, y Herberto, que creía el universo á sus órdenes, no dudó de su sinceridad; no admitía que nadie osase resistirle ó desobedecerle.

En realidad, la tarea no hubiera sido cómoda en todo su rigor, porque Eitel, á los cinco años, tenía sus obstinaciones. Reclamaba á cada instante á su bisabuela Beltrana y á su abuela Virginia, y á Bricogne, y á Rolando, y al mismo Reinaldo, y á Rogerio, su amigo, todos los cuales le habían mimado, y á Lucrecia y á Judit, que jugaban con él, á satisfacción de sus caprichos. A todos los echaba de menos, y su recuerdo había sido religiosamente mantenido por su madre en sus conciliábulos de la noche.

Cuando, por añadidura, no le dejaron ver á esta última, se puso furioso, y ni Tecla, ni Cristina, ni Carlota conseguían apaciguarlo. Trataba de escaparse por todas las salidas y ganar la escalera que conducía al cuarto de Clorinda; una vez llegó hasta allí, y no le alcanzaron hasta la puerta donde ya llamaba á golpes gritando: «¡Soy yo, soy yo!»

Esta vez, Clorinda abriendo, presurosamente, pudo atraerlo un instante y estrecharlo contra su pecho. Pero la criada, sofocada, que corría detrás del niño, dijo con razón.

—¡Señora!, si el señorito Herberto sabe esto, estamos perdidas. ¡Todo se habrá acabado para usted y para Eitel!

Clorinda despidió al niño, recomendándole que no dijese á nadie que la había visto. Y, cosa rara, á pesar del aturdimiento de su edad, el chiquitín supo guardar su secreto.

Más tarde, cuando Herberto se hubo convencido de que sus órdenes eran estrictamente ejecutadas, disminuyó el rigor de la consigna. Y es probable que la madre y el niño se reunieron con más frecuencia de lo que parecía posible. Eitel, inteligente, persistía en callar.

Pero, á pesar de aquellas visitas furtivas, que tanto calmaban su pena, Clorinda no depuso nunca su actitud de protesta y rebelión; y, día y noche, no pensó ya más que en evadirse con su hijo en brazos.

El implacable invierno la obligaba á aplazar sus planes, á diferir para más tarde la ejecución problemática de sus mil proyectos. Y esperó con una fiebre que aumentaba de día en día.

Mientras tanto, las veladas continuaban tan tristes como antes en la gran sala en que ella no se dejaba ver.

Los alemanes se hacían las mismas preguntas que los franceses; les preocupaba lo que ocurría en Europa, y les desesperaba vivir sin noticias.

También ellos maldecían la nieve que les aprisionaba, que borraba los caminos y cortaba las comunicaciones; también ellos sentían profunda angustia al contemplar á un herido que permanecía en lánguida postración ó se retorció de pronto en crisis epilépticas de cólera desbordada. También ellos echaban de menos quizá la tranquilidad del pasado, si no todos, al menos los viejos, y principalmente las mujeres.

El mismo espectáculo de horror los rodeaba; los mismos lobos aullaban al pie de las empalizadas de su habitación. En ambas viviendas se sufrían las mismas angustias y las mismas preocupaciones...

Poco á poco, Gottlob recuperó sus fuerzas. Catz y Worms curaron; pero uno resultaba con la cara aplastada, lo que le mortificaba mucho, y el otro comprendía que quedaba inválido del brazo.

Los tres heridos celebraban á diario largas conferencias, alimentando mutuamente sus rencores y exaltándose entre sí. No tenían más que una aspiración, un solo fin en aquella vida recobrada por milagro: las represalias, el desquite, la vuelta á las batallas, de las cuales saldrían vencedores esta vez.

Una mañana, Hermann sorprendió al vuelo algunas frases de su conversación. Gottlob, escuchado por los otros dos como un oráculo, ó mejor dicho como un Pedro el Ermitaño predicando la primera cruzada, Gottlob, dando rienda suelta á furiosas esperanzas, profetizaba triunfos próximos:

—Ya veréis, compañeros, ya veréis... A esos bandidos, les veréis huir delante de nosotros, llenos de miedo, y les picaremos la retaguardia tocándoles un *halali* como no se ha oído nunca. ¡Qué día será aquél!.. Valdrá la pena de haber sobrevivido.

Los otros dos, furiosos como su maestro, hacían señas de aprobación con la cabeza. Entonces Griffeld, solo con ellos, osó intervenir:

—¡Necedades! Somos prisioneros de los hielos. Cuando tengan á bien derretirse al sol de la primavera, la Alemania habrá acabado con Francia, se la habrá comido y digerido... Y, en tal caso, ¿qué significaría vuestras querellas particulares? Nada. No serán más que duelos de hombre á hombre que no tendrán razón de ser. Y el gobierno inglés podría enviar algunos *policemen* para meteros en cintura. Hay leyes. ¡No lo olvidéis!

Worms y Catz bajaron la cabeza, pues uno y otro poseían un pasado bastante turbio para profesar un santo terror (principio de la prudencia) á los jueces y á los gendarmes.

Pero Gottlob, que no tenía iguales motivos de prudencia, no capitulaba.

—¡Bah! ¿Qué le importa eso al gobierno inglés? Otras cosas tendrá en qué pensar. Nos dejarán ventilar tranquilamente nuestros negocios... ¿Y, además..., además, vuestro gobierno-espantajo, cómo había de estar prevenido? Si alguna vez lo está, será demasiado tarde, porque yo os aseguro que no perderemos el tiempo.

—¡Gottlob!, repuso Hermann, en un tono de reproche todavía afectuoso; ¿quieres que el mal se eternice? Piensa que así quedan suspendidos todos los trabajos, que no habrá siembra ni cosecha, que...

—Os equivocáis, padre, exclamó el joven con un trágico énfasis; ¡sembraremos plomo y cosecharemos hombres!

—¡Baladronadas!, continuó el padre; lo que deberías hacer es envainar tu espada para empuñar el arado y segar las mieses maduras.

—¡Después, padre, después! Cada cosa á su tiempo. ¡Dejad hacer; no insistáis..., ¡es tiempo perdido!

Hermann Griffeld renunció á convencerlo y se alejó pesadamente encogiéndose de hombros. Pero, á pesar de todo, esperaba que la duración de los días, que la sucesión de las semanas y de los meses acabarían por apaciguar poco á poco las cóleras y hacer olvidar los ultrajes.

A pesar de su edad, hubiera dado en más de una ocasión, dos años de su vida, por encontrarse á solas con Bricogne, explicarse libremente con él, con el corazón abierto, convencido de que su entrevista sin testigos acabaría en un abrazo. Y Bricogne daba vueltas á las mismas ideas en su mente.

La víspera y el día de Navidad, las dos habitaciones estuvieron particularmente tristes.

Antes, cuando los inviernos eran clementes y los hombres se avenían entre sí, era una fiesta común.

Se reunían; las pastas fritas saltaban en las sartenes; las castañas chascaban en el fuego. Los mozos retozaban con las mozas que, ruborizadas, los ponían á raya. Había amor en el ambiente; se hacían proyectos; se edificaba el porvenir, como si dependiese de las voluntades humanas.

(Se continuará.)

ACTUALIDADES EXTRANJERAS.—EL CZAR DE RUSIA EN ALEMANIA.—VIAJE DEL PRÍNCIPE HEREDERO DE ALEMANIA AL EXTREMO ORIENTE

El día 4 de los corrientes, el czar Nicolás II de Rusia, acompañado de un brillante séquito, llegó á

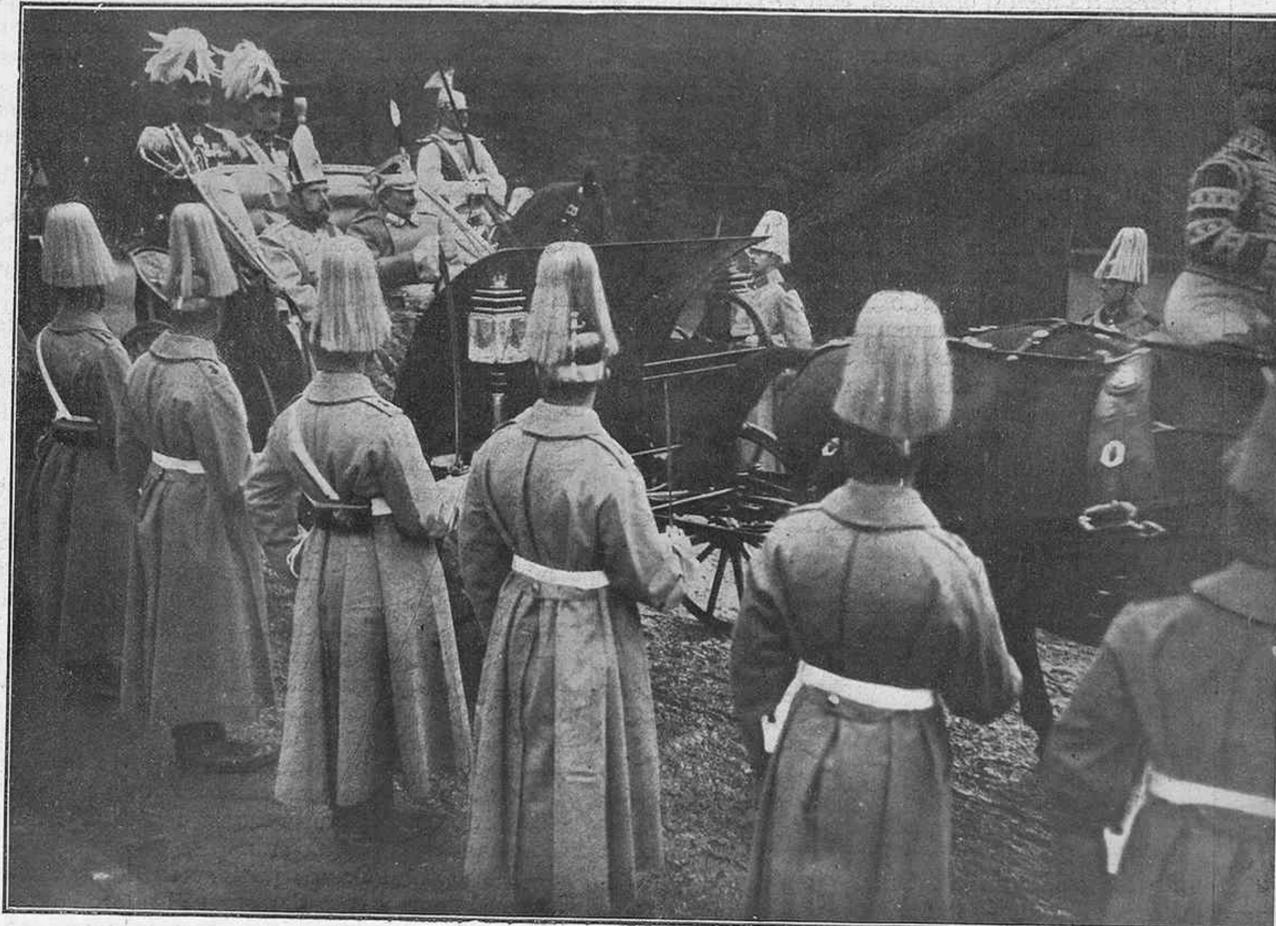
Los franceses, como se comprenderá, procuran quitarle toda importancia política, explicándola co-

El emperador Guillermo II de Alemania, atento siempre á los intereses del país en que reina y comprendiendo que uno de los mejores medios de fomentarlos es ponerse en contacto con las cortes y con los pueblos de territorios en donde aquéllos pueden encontrar un conveniente desarrollo, ha dispuesto que su primogénito realice un largo viaje por el extremo Oriente. Con ello, además de cumplirse el fin principal, político y mercantil, que el soberano alemán persigue, logrará este otro no menos importante: el de que el príncipe heredero vea mundo, como vulgarmente se dice, lo que es no ya conveniente, sino hasta necesario en quien un día ha de ceñir la corona de uno de los más poderosos Estados y de los que mayor influencia ejercen en la política internacional.

El augusto viajero embarcóse en Génova el día 3 de los corrientes con dirección á Port Said y Suez; desde este último punto irá á Aden y luego á Colombo, capital de la isla de Ceylán, adonde llegará el 25 de este mes. El 14 de diciembre desembarcará en Bombay y por espacio de dos meses recorrerá las principales ciudades de la India, embarcándose de nuevo en Calcutta el 14 de febrero. De Calcutta marchará á Singapur, á Bangkok, capital de Siam, á Batavia, capital de la isla de Java, y después de visitar Hong-kong, Cantón, Shanghai y Kiau-Chau, llegará á Pekín el día 10 de abril de 1911. Desde la capital china hará rumbo á Tokio, haciendo escala en Nagasaki y en Hiogo y llegando á la capital del Japón el día 25 de abril. Desde Tokio irá á Vladivostock y finalmente, por el ferrocarril transiberiano, regresará á Alemania, deteniéndose en Harbin, Irkutsk, Omsk y en Moscú.

La princesa Cecilia, esposa del príncipe Guillermo, acompañará á éste hasta Ceylán, adonde irá á buscarla, en diciembre, el gran chambelán conde de Bismarck-Bohlen, con quien regresará á Alemania, mientras su augusto marido proseguirá su viaje á Bombay y demás puntos que dejamos mencionados.

Los soberanos y los gobiernos de los países que



Llegada del czar Nicolás II á Potsdam.—El czar y el emperador Guillermo II dirigiéndose al Nuevo Palacio. (De fotografía de Carlos Trampus.)

la estación de Wildpark, en donde fué recibido por el emperador, los príncipes imperiales, los príncipes reinantes que sirven en los regimientos de guarnición en Potsdam, los generales y almirantes de las guarniciones de Potsdam y de Berlín, el canciller Bethmann-Hollweg, los ministros de la Guerra y de Marina, el embajador de Rusia en Berlín, el de Alemania en San Petersburgo y otros ilustres personajes de las altas esferas diplomáticas.

Al descender del tren Nicolás II, salió á su encuentro Guillermo II, abrazándose efusivamente ambos soberanos, y después de revistar la compañía de honor y de hechas las presentaciones de rúbrica, el czar y el emperador subieron á una carroza de gala y entre las entusiastas aclamaciones de la multitud, encamináronse al nuevo palacio de Potsdam, en donde esperaban al regio viajero la emperatriz y las princesas. A la una celebróse un almuerzo íntimo y por la noche efectuóse en el salón de Apolo el gran banquete de gala, en el que no se pronunció ningún brindis.

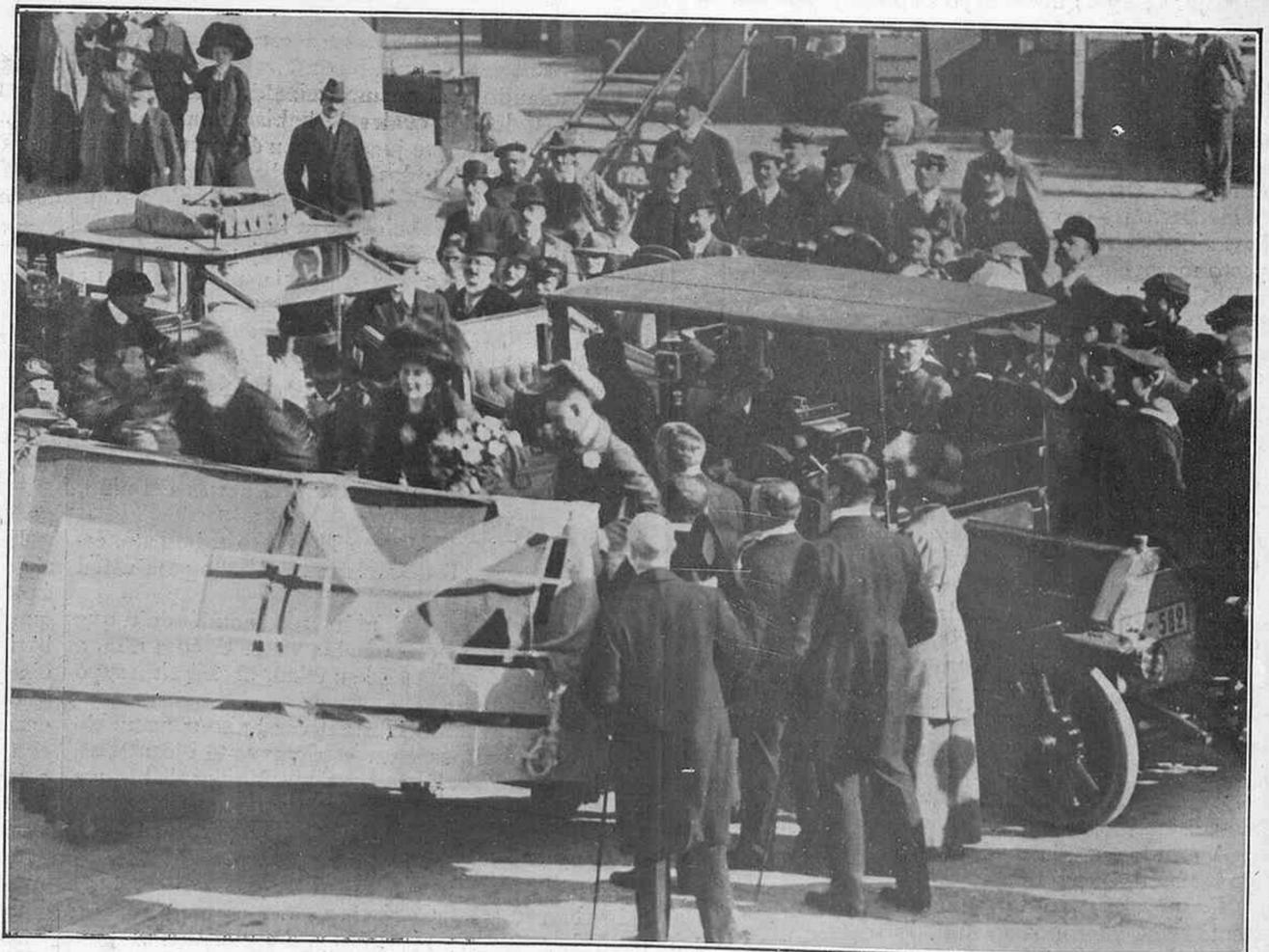
A las nueve de la mañana siguiente, los dos soberanos partieron para Oranienburgo para asistir á la cacería organizada en Borgsdorf en honor de Nicolás II, quien aquella misma tarde visitó la tumba del emperador Federico, sobre la cual depositó algunas coronas. A las ocho de la noche sirvióse en el salón de Jaspe la comida ofrecida por los emperadores alemanes, terminada la cual se efectuó en la sala del teatro una sesión de proyecciones luminosas. A las once salió el czar de Potsdam, tomando el tren en la estación de Wildpark y siendo cariñosamente despedido por la familia imperial de Alemania.

Durante la breve estancia de Nicolás II en Potsdam, han celebrado varias conferencias los dos emperadores, así como los ministros de Negocios Extranjeros de ambos países, los señores Sasonoff y Kiderlen-Woëchter.

La visita del czar á Alemania ha sido, como se comprenderá, muy comentada en las esferas diplomáticas y por la prensa de todo el mundo, variando naturalmente los comentarios según los intereses y las conveniencias de cada país.

mo un acto de mera cortesía y una nueva manifestación de las buenas relaciones de familia que entre ambos soberanos existen.

Los alemanes, en cambio, le atribuyen mayor alcance; los austriacos la han visto con cierto recelo; los italianos opinan que en nada ha de alterar las



Génova.—El príncipe heredero de Alemania, Guillermo, y su esposa la princesa Cecilia, embarcándose para su viaje al extremo Oriente. (De fotografía de Argus Photo Reportage.)

actuales alianzas europeas, y los rusos, como los franceses, entienden que sólo como acto de cortesía debe ser considerada.

el príncipe ha de visitar durante su larga excursión, preparan grandes y brillantes festejos en honor del augusto viajero.—R.

HOMENAJE A BALMES

Bajo la presidencia de Su Eminencia Ilustrísima, el doctor Laguarda, obispo de esta diócesis, celebróse en la noche del 6 del corriente en los salones del Comité de Defensa Social, una sesión de homenaje al eximio filósofo vicencés Jaime Balmes. Al acto que fué solemnísimamente asistieron representantes de muchas corporaciones y numerosa concurrencia.

D. Juan Burgada y Juliá leyó un notable trabajo sobre «El realismo en la filosofía balmeiana» en el que dijo, entre otras cosas, de Balmes que miró la verdad cara á cara, pero sin miedo, escudriñó sus recónditos secretos y los anunció al mundo con modalidades acomodadas á todas las gradaciones de la humana mentalidad.

El Sr. Sáenz de Baries leyó una inspirada poesía titulada «El Águila ausetana.»

El ilustre catedrático de esta Universidad Dr. D. Antonio Rubió y Lluch dió lectura de



Barcelona.—Sesión de homenaje á Balmes celebrada en los salones del Comité de Defensa Social. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

un interesantísimo trabajo, «Consideraciones sobre la escuela seglar apologetica contemporánea de Balmes,» en el que hizo un estudio acabado de la labor realizada por los escritores que participaron de las ideas de Balmes y compartieron con él por algún tiempo sus campañas periodísticas, continuando á su muerte en la prensa su obra de defensa de la religión y de la Iglesia.

Después de leída por el señor Boloiu una bellísima poesía, «L'estel d'Ausona,» el secretario de la sociedad Sr. Pareja dió las gracias al prelado, á los oradores, á los poetas y á los concurrentes y afirmó que no sólo debe celebrarse la obra de Balmes sino también realizarla. El Sr. Obispo felicitó á la Junta Directiva y á cuantos habían tomado parte en la sesión, especialmente á los señores Burgada y Rubió, y encomió la obra que el Comité lleva á cabo, terminando su discurso con la bendición á todos los asistentes. — T.

HIPNOTISMO



¡La Ciencia del Éxito!

Lector: ¿te has preguntado alguna vez la razón de que ciertas personas consigan tantos éxitos; por qué todo lo que tocan parece convertirse en oro; por qué adquieren fortuna, posición social, poder é influencia, sin que nada de ello exija, al parecer, grandes esfuerzos? Esas personas se ven rodeadas de amigos, honradas y respetadas por cuantos las tratan, solicitadas en la sociedad, y llegan á los primeros puestos sin aparente esfuerzo. ¿Habéis pensado en ésto alguna vez? ¿Sabéis cuál es la razón de todo ello?

Esta razón no está en el trabajo, porque el pobre trabaja mucho más que el rico. Ni en la cuna, porque muchos de esos hombres afortunados han nacido de padres pobres. Ni en la suerte, porque más de uno que por ella se vió favorecido, murió después solo y miserable. ¿En qué estriba, pues? El secreto del éxito en la vida es la influencia personal, ó sea el poder de hacer pensar á los demás como uno piensa: de atraerse su confianza y su amistad y asegurarse su cooperación.

Existe un poder secreto, en virtud del cual puede ejercerse una influencia personal irresistible; vencer cualquier obstáculo, fascinar á quien se desee; curar todas las enfermedades conocidas y todas las malas costumbres sin recurrir á drogas, á medicinas, ni al escalpelo del cirujano. Esta influencia se llama el Magnetismo personal ó Hipnotismo, y es la base del éxito en todos los negocios, y en toda posición social.

Es un poder que nos concede la Providencia, y que es patrimonio del pobre como del rico. Es, á no dudarlo, la ciencia más maravillosa de la época presente. Reflexionad un momento en lo que sería poder convencer al comprador de que los géneros que vendéis son los mejores que puede encontrar en el mercado, ó á una persona cualquiera de que vuestras servicios le son indispensables.

UN PODER CONCEDIDO POR LA PROVIDENCIA

bles, de que le ofrecéis una ventajosa colocación, de que le conviene la venta que le ofrecéis, de que vuestra opinión es la razonable, de que debería seguir vuestros consejos y otras mil cosas de este género. Considerad la inmensa superioridad que tal poder os proporciona. Si queréis obtener una posición lucrativa, un aumento de sueldo ó de vuestros ingresos de cualquier clase que sean, el conocimiento del Hipnotismo os será para ello inapreciable. En centenares de casos esa ciencia ha sido el eje de la vida de muchas personas prontas á dejarse llevar por la desesperación y á las cuales parecía cerrada toda esperanza para el porvenir.

Acabamos de publicar el libro más asombroso del siglo, en el que se explica todo lo concerniente al Hipnotismo, el Magnetismo personal, la curación magnética, etc., en un lenguaje tan claro y tan sencillo que un niño puede comprenderlo. Esta obra se debe á la pluma del Dr. X. La Motte Sage, el hipnotista más eminente y reputado de los tiempos modernos. En él se desarrollan nuevos métodos secretos é instantáneos, que permiten á toda persona inteligente instruirse en esta maravillosa ciencia en pocos días, en su propia casa y ejercer este maravilloso poder en cuantas personas la rodean sin que se aperciban de ello en lo más mínimo. Garantizamos un éxito completo, ofreciendo en caso contrario una indemnización de 5.000 pesetas. Gran número de personas ganan actualmente de 10.000 á 25.000 pesetas al año gracias á lo que han aprendido en este maravilloso libro que ha hecho á otros muchos inmensamente ricos. El Dr. Sage, autor de esta preciosa obra, ha decidido dar á conocer á todo el mundo estos secretos maravillosos que por tantos siglos han permanecido ocultos, pues quiere que el pobre tenga tanta suerte como el rico.

UN LIBRO LLENO DE RAROS SECRETOS DISTRIBUIDO GRATIS

Para ello ha cedido sus derechos de autor con la condición de que se distribuyan gratuitamente al público diez mil ejemplares de su obra, y en virtud de esta concesión, toda persona puede obtener un ejemplar de la misma, completamente gratis y franco, pidiéndolo sencillamente por carta franqueada con 25 céntimos ó por tarjeta postal de 10 céntimos. Como se ha publicado en español, italiano, francés, alemán é inglés, puede hacerse el pedido en el idioma que más convenga.

DIRECCIÓN: The NEW YORK INSTITUTE of SCIENCE
DEPT. 128. A G., ROCHESTER, N. Y. (E. U. DE A.)

«Esta obra admirable vale más que el oro. Está llena de secretos maravillosos y de asombrosas sorpresas. El estudio de esta obra debería seguir al de la Santa Biblia. Consejo á todo el mundo que se procure un ejemplar.»

REV. PAUL WELLER, Gorham, N. Y.

CABALLOS

Caballos de caza y de carrera ingleses é irlandeses, los mejores en su clase. Durante los últimos años han ganado 114 campeonatos, 890 primeros premios, 440 segundos y 190 terceros. Precios en concurso abierto. Dirigirse personalmente ó por escrito á J. H. Stoker, Kether House, Great Bowden, Market Harborough, Inglaterra.

(N.)

DICCIONARIO

de las lenguas española y francesa por NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA
Cuatro tomos encuadernados: 55 pesetas
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

ANEMIA + CLOROSIS
APROBACION de la ACADEMIA de MEDICINA de PARIS
Las Auténticas
PÍLDORAS DE BLANCARD
de Paris (2 á 6 al día)
no se venden sueltas
EXÍJANSE LA FIRMA Y EL RÓTULO VERDE
JARABE DE BLANCARD
Inalterable (2 á 3 cucharadas al día)
DESCONFIESE de los SIMILARES INEFICACES
LEUCORREA + DEBILIDADES

HISTORIA NATURAL

NUEVA EDICION
CUIDADOSAMENTE CORREGIDA É ILUSTRADA CON NUMEROSOS GRABADOS INTERCALADOS EN EL TEXTO

DIVISIÓN DE LA OBRA

- ANTROPOLOGÍA, por el Dr. Topinart, corregida y ampliada con nuevos datos etnográficos tomados de la obra del profesor F. Ratzel y otros. — 1 tomo.
- ZOOLOGÍA, por el Dr. C. Claus, catedrático de Zoología y Anatomía comparada de la Universidad de Viena, traducida por el Dr. D. Luis de Góngora, de la quinta edición alemana. — 6 tomos. A fin de que el público comprenda la importancia de esta obra, sólo diremos que de ella se han hecho NUEVE ediciones en alemán, y que ha sido traducida al FRANCÉS, al INGLÉS, al RUSO y al ITALIANO.
- BOTÁNICA, con inclusión de la GEOGRAFÍA BOTÁNICA, por Odón de Buen, profusamente ilustrada.
- MINERALOGÍA, por el Dr. Gustavo Ischermak, catedrático de la Universidad de Viena. Traducción anotada por D. Francisco Quiroga, catedrático de la Universidad Central.
- GEOLOGÍA, por Archibaldo Geikie, Ll. D., F. R. S., director general de la comisión geológica de Irlanda y de la de Escocia, y del Museo de Geología práctica de Londres. Traducción anotada con interesantes datos españoles por D. Salvador Calderón, catedrático de la Universidad Central.

Lujosa edición, la más notable, completa y económica de cuantas en su genero han visto la luz en Europa, ilustrada con miles de preciosos grabados que representan fielmente la mayor parte de las especies de los tres reinos de la naturaleza, y con una colección de magníficas cromolitografías. — 13 tomos, elegantemente encuadernados con canto dorado. Se vende al precio de 5 pesetas uno.

Montaner y Simón, editores. — BARCELONA

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

MÉXICO.—LAS FIESTAS DEL CENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA



El general Polavieja, representante de España en las fiestas, rodeado de los principales miembros de la colonia española (Véase el artículo de la página 731.)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

COMPENDIO RAZONADO DE RELIGIÓN Y MORAL, por don Joaquín Gou y Solá. — La obra que recientemente han publicado los Herederos de Juan Gili la ha destinado su autor á la enseñanza de tan importantes materias en los Institutos, Seminarios y colegios, habiendo dado muestra el Dr. Gou de su vasta cultura y profunda ilustración. Forma un volumen de 162 páginas.

SANTO DOMINGO DE GUZMÁN, por el R. P. Fray Raimundo Castaño. — Formando un elegante tomo de 260 páginas, han publicado los Herederos de Juan Gili esta obra, de-

dicada á popularizar la vida y hechos de uno de los Santos de la Iglesia más venerados y á dar también á conocer el origen y desarrollo de la Orden de Predicadores, á la que pertenece el ilustrado autor del libro.

BALADES WAGNERIANES, por Manuel Muntadas y Rovira. — No se trata, en esta colección de poesías, de una traducción ni de una adaptación; trátase de una visión de las creaciones de Wágner, tal como se la sugirió al autor la audición de las obras del gran maestro. Así, evocadas en bellísimos endecasílabos, surgen las figuras de Tanhäuser, de Tristán, de Parsifal y de Sigfrid tales como Wágner las concibiera, enlazadas admirablemente con las acciones de los respectivos poemas, envueltas en la misma atmósfera de poesía en que en cada drama musical aparecen. Contiene además el tomo un fragmento del poema *Montserrat*, próximo á publicarse, hermosamente es-

crita y que, como las otras baladas, revelan la personalidad de un verdadero poeta. Un tomo de cien páginas, editado en Barcelona por Francisco Puig. Precio, dos pesetas.

LA CUESTIÓN DEL DÍA. DESENLACE DEL PROBLEMA NORTEAFRICANO Y EL PORVENIR DE ESPAÑA, por el doctor D. Nicasio Baude, prbo. — En esta obra se estudia con detención y amplitud de miras esta cuestión en sus múltiples aspectos, como lo atestigua el sumario de sus capítulos: *Antecedentes, Africa y las potencias europeas, Marruecos y las potencias europeas, España y Marruecos, Francia y Marruecos, España y la asimilación de Marruecos*, hallándose todos los temas inspirados en el más puro sentimiento nacional. Los editores Herederos de Juan Gili han prestado un buen servicio al publicar esta obra de verdadero interés, que forma un volumen de 394 páginas.

APIOLINA CHAPOTEAUT



Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas.

PARIS, 8, Rue Vivienne y en todas farmacias.

SALUD DE LAS SEÑORAS

ANEMIA DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE

El mas activo y economico. el unico Inalterable. — Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, París.



VINO y JARABE DE DUSART
al Lactofosfato de Cal

EL JARABE DE DUSART se prescribe á las nodrizas durante la lactancia, á los niños para fortalecerlos y desarrollarlos, así como EL VINO DE DUSART se receta en la Anémia, colores pálidos de las jóvenes, y á las madres durante el embarazo.

PARIS, 8, rue Vivienne y en todas las Farmacias.

PATE EPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empiésese el **PILIVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN